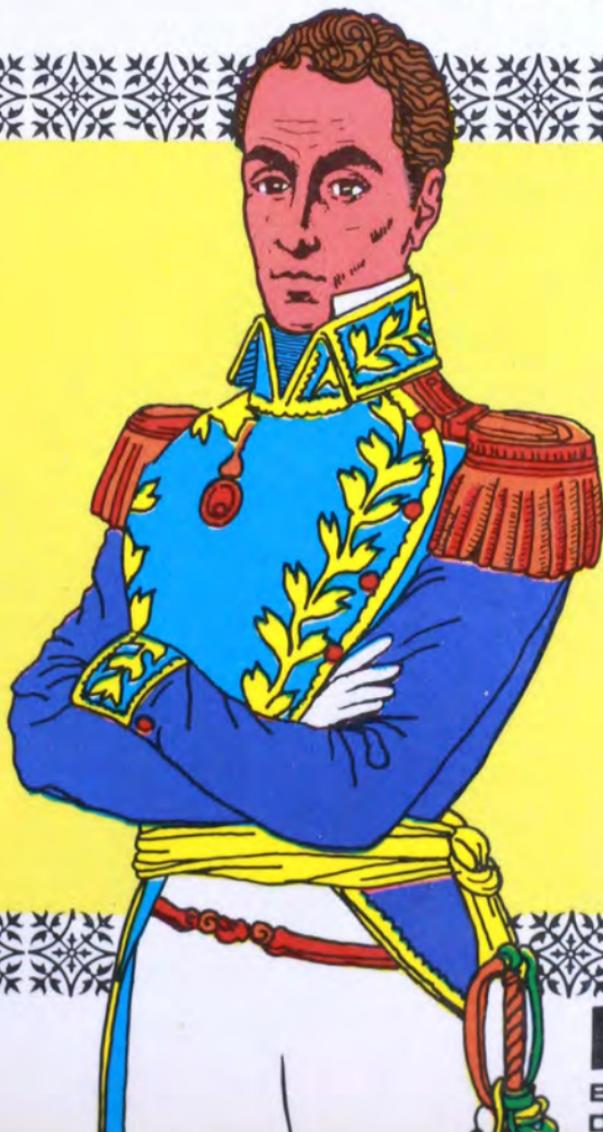


# Me llamo Simón Bolívar

Raúl Piamonte P.



2000  
**ed**  
editora  
dosmil





923.587  
B65p30

med

11198

# Me llamo Simón Bolívar

Raúl Piamonte Peña

Primera Edición

ACCION CULTURAL POPULAR

Colección Vidas

Nº 9

Carátula: Jaime Ramírez Palmar

Ilustraciones: Fernando Mancera Lozano

AGE 8250

© RAUL PIAMONTE PEÑA, 1978

---

SE HIZO EL DEPOSITO LEGAL DERECHOS RESERVADOS.

---

IMPRESO EN COLOMBIA

PRINTED IN COLOMBIA

---

Se terminó de imprimir este libro en los talleres de Editorial Andes, en el mes de octubre de 1978.

---

ISBN: 84-8275-010-0

---



Carrera 39 A N° 15-11, Tel. 2 69 48 00 - Bogotá - Colombia.

## CONTENIDO

PROLOGO .....	9
<b>CAPITULO I</b>	
EL ULTIMO VIAJE .....	13
<b>CAPITULO II</b>	
LOS GOLPES DE LA MUERTE .....	27
Declaratoria de la guerra a muerte .....	43
<b>CAPITULO III</b>	
EL RIO DE LA LIBERTAD .....	49
<b>CAPITULO IV</b>	
CARTAGENA .....	73
<b>CAPITULO V</b>	
SI MI MUERTE CONTRIBUYE .....	87
<b>CAPITULO VI</b>	
EL MENSAJE DE BOLIVAR .....	99
<b>CAPITULO VII</b>	
FECHAS EN LA VIDA DE BOLIVAR .....	111
Carta de El Libertador a los colombianos .....	121
Ultima proclama de El Libertador .....	123



CARACAS 1800





## PROLOGO

*Al escribir la biografía de Simón Bolívar se me hizo presente una vieja máxima: "El bosque no deja ver el árbol".*

*En efecto, existen tantas biografías de Bolívar por los más variados autores de diferentes nacionalidades de diversas épocas, que este trabajo no puede aspirar a otra cosa que a ser un árbol más.*

*Ha recibido la sombra de otros grandes trabajos, se ha alimentado de las mismas fuentes y puede que crezca con las mismas ramas torcidas de otros.*

*Pero al mismo tiempo es diferente, pues opté porque el mismo Bolívar nos cuente su fascinante vida.*

*¿Bolívar contándonos su azarosa existencia? No es tan difícil; él nos dejó una profunda huella de cartas, que al igual que radiografías nos revelan lo grande y pequeño en el alma del genio venezolano; además, tenemos los testimonios de sus contemporáneos, amigos y enemigos, que inevitablemente sintieron la magnitud de Bolívar y su obra.*

*Han transcurrido 148 años desde la muerte de Bolívar y considero que hoy más que nunca debemos volver sobre sus huellas en el camino del Panamericanismo, el repudio a las guerras entre conciudadanos, el respeto a las diversas formas de gobierno y la condena a la opresión armada.*

Raúl Piamonte Peña



# CAPITULO I



## El último viaje

Ayer salimos de Bogotá; este es mi último viaje; cuando salí el 8 de mayo de 1830, una plebe grosera me gritó: ¡longanizo!, como el loco de la época que andaba disfrazado de militar.

Ahora me acompaña un grupo de amigos y tomamos el camino de herradura de Facatativá y Guaduas para ir a Honda, donde me embarcaré; se acerca a mi mula el caballo de don Joaquín Posada, un granadino amigo: me pide que le cuente mi vida; 46 años de sufrimiento. ¿Por qué no, don Joaquín?

Mis raíces son españolas, más exactamente de la provincia de Vizcaya, de un lugarcito de España llamado Puebla de Bolívar; mi apellido es vasco, significa ribera de molino, ya que el nombre completo era Bolivarjáuregui.

El primer Bolívar, que se llamaba también Simón, vino hacia 1587 con su pariente don Diego de Osorio y Villegas, quien había sido nombrado gobernador de la capitania. Era un hombre ilustre, capaz e inteligente; compartió con Osorio la responsabilidad del mando; representó a la colonia ante el rey Felipe II; gracias a él y a su labor como comisionado regio, el valle que riega el río Avila, se llena de apellidos importantes como

los Narváez, Pontes, Aristiguietas, Villegas y Osorios; fue también él quien dio a la ciudad de Caracas su escudo "una venera sostenida por coronado león rampante al lado de la cruz de Santiago".

Su hijo don Juan de Bolívar y Villegas fundó la ciudad de San Luis de Cura; otro descendiente, el coronel Juan Vicente Bolívar y Ponte, fundó las milicias regladas del Valle de Aragua, defendió con valor a La Guaira, construida con aportes de otros Bolívares contra los ataques de corsarios ingleses y persiguió a los contrabandistas. Con el tiempo llegó también a la colonia mi abuelo materno el castellano don Feliciano Palacios y Sojo; de sus once hijos, Concepción se casó con el coronel del batallón de Arana, Juan Vicente Bolívar y Ponte. De su matrimonio, celebrado en 1776, nacen María Antonia, Juana, Juan Vicente y yo.

Como podrá ver, don Joaquín, mi familia era muy linajuda, y pertenecía a la "aristocracia mantuana", llamada así por los mantos que usaban las nobles damas para acudir a misa.

Nací, pues, el 24 de julio de 1783, en Caracas, en una casa próxima a la casa mayor en la zona central y que tocaba tapias con el convento capuchino de San Jacinto; cuando yo nací era una población de solo 40.000 habitantes y, como dijo una cronista de la época, "una ciudad de calles anchas, largas y derechas, que ni mantienen polvos, ni consienten lodos; de edificios bajos por temor a los temblores de tierra".

Aunque al mismo tiempo un viajero francés, el conde de Ségur, al ser preguntado por don Feliciano, mi abuelo, si le agradaba Venezuela, contestó:



Feliciano Palacios y Sojo,  
bisabuelo materno del Libertador

“La existencia parece tomar aquí actividades nuevas para hacernos gozar de las más suaves sensaciones de la vida; si no fuese por los frailes inquisidores, por los adultos alguaciles, por algunos tigres y por los ávidos empleados del señor Intendente General, casi habría pensado que el valle de Caracas era un rincón del paraíso terrenal”.

A los seis días de nacido se me bautizó con un largo nombre: **Simón José Antonio de la Santísima Trinidad Bolívar y Concepción Palacio Ponte**”, pero para abreviar siempre me he llamado **Simón Bolívar**.

Mi vieja compañera, la muerte, me empezó a rozar con su aliento. Tres años después mi padre muere y mi madre también muere cuando yo solo tenía 9 años. Mis hermanos y yo sentimos mucho su muerte quizá por dos razones: habíamos estado alejados de mi madre y éramos pequeños o también porque para nosotros había sido como una madre, nuestra nodriza, la negra Hipólita. De nuestros bienes se encargó un curador, don Miguel José Sáenz, y de nuestra educación mi tío, don Carlos Palacio.

Todos dicen que fui muy travieso; según mi tutor, fui “insoportable, inquieto, imperioso, audaz, voluntarioso, desatento a todo consejo e intratable”; sí, señor; mire, le contaré una anécdota, don Joaquín:

Un día mi tutor dijo:

—Este muchacho es un polvorín.

Y yo le respondí insolente:

—Pues no se me acerque usted, porque estallo.



Juan Vicente Bolívar y Ponte,  
padre de Simón Bolívar

¡Imagínese usted! Otro día íbamos a San Mateo, él en caballo, yo en burro, y me dice:

—Simoncito, temo que nunca llegues a ser un caballero.

Y yo le repliqué, si no estoy mal:

—¿Cómo va esperar usted de mí que llegue a caballero montándome en un burro?

Sí, don Joaquín; yo era un diablillo insolente; mis tíos exasperados intentaron conseguirme preceptor. Me acuerdo del padre Andujár, un capuchino español, y del cosmógrafo, don Andrés Bello; pero la solución, como dice el proverbio, está donde menos se busca: en casa; allí, desde la muerte de mi padre vivía un amanuense, don Simón Rodríguez, un maestro inolvidable; tengo con él la deuda del conocimiento.

Don Simón, o Robinson, como gustaba de ser llamado, era un ser extraño en apariencia, pero rico en contenidos; vivía muy imbuido en las doctrinas del filósofo Rousseau, que para él valía más que una biblioteca; por otra parte, mi familia preocupada por mi futuro, buscaba una ayuda real. Gracias a sus influencias fui nombrado en julio de 1798, subteniente de milicias de infantería de los Valles de Aragua, cuerpo del cual mi padre había sido coronel, ¿recuerda?; pero una vez terminé mi servicio, lo mejor era ir a la metrópoli donde mi tío Esteban Pa'acios.

Partí, pues, en enero de 1799, con rumbo a Veracruz-La Habana, pero esta última etapa tocó abandonarla por estar Cuba asediada por los piratas ingleses; estuve por ello, mes y medio en tierras mexicanas; sólo en junio de



La boda de Simón Bolívar

1799 pude llegar a Madrid. Allí, mi tío era ministro del tribunal; me llevó a la casa que compartía con el payanés Manuel Mallo. Este Mallo era el favorito de la corrupta reina María Luisa. Esto, pues, me permitió codearme con la alta nobleza española; pero entre bailes, teatros, casas de juegos y paseos, noté la descomposición de la corte de España, un gobierno dirigido por Godoy, el amante de la reina, que no avanzaba pero que sí retrocedía; decidí, pues, profundizar mi amistad con el marqués de Ustáriz, un hombre sabio con una muy variada biblioteca en donde leí todo lo que pude; allí conocí a María Teresa Rodríguez del Toro; me enamoré al instante de su porte y delicadeza; quise casarme inmediatamente y en septiembre de 1800 pedí permiso a mi familia y al ejército, pero la caída del favorito Mallo y la prisión de mi tío Esteban me obligaron a irme de Madrid.

Fui, pues, a París, no sin antes tener una pelea con unos esbirros de Godoy. En París asistí de lejos a la coronación de ese gran hombre Napoleón Bonaparte; luego volví a Madrid y el 26 de mayo de 1802 me casé con María Teresa. Salimos pocos días después hacia La Coruña y de allí a Venezuela; en ese momento fui el hombre más feliz; pero mi vieja compañera, la muerte, me golpeó despiadadamente; fue un golpe cruel que no merecía; la fiebre amarilla fue fatal para mi joven esposa; fueron cinco días de enfermedad y ya son 28 años de dolor; hoy reposa en la misma catedral donde fui bautizado. Muchos años después le dije a De Lacroix: "le aseguro que estaba bien enamorado; quise mucho a mi mujer y su muerte me hizo jurar no volver a casarme. He cumplido mi palabra. Entonces mi cabeza sólo es-



taba llena de los ensueños del más violento amor y no de ideas políticas. Miren ustedes lo que son las cosas: si no hubiera enviudado, quizá mi vida hubiera sido otra; no sería el General Bolívar, ni el Libertador, aunque mi genio no era para ser el alcalde de San Mateo. La muerte de mi mujer me hizo seguir el carro de Marte en lugar del arado de Ceres”.

Desconsolado, abandoné Venezuela; me dirigí a Cádiz donde di la amarga noticia al padre de María Teresa; luego partí a la bulliciosa París a olvidar con todas las hermosas de Francia y allí me encuentro con Fanny; Fanny Du Villars; la amé y ella me amó, aún casada; lo admito, fui un disoluto, gastaba dinero a manos llenas... pero sentía un vacío interior; en su salón, recuerdo, conocí al Barón de Humboldt y al sabio naturalista Bonpland. La verdad, Humboldt me trató con menosprecio, pero me llamó la atención lo que dijo sobre el futuro de América... dijo que sólo faltaba el hombre.

Entonces supe que mi maestro, don Simón, estaba en Viena y corrí allá junto con Fernando Toro; los tres emprendimos una excursión: desde París, recorrimos toda Francia Oriental hasta Italia, pasando por Milán y en mayo de 1805 estuvimos en Castiglione, donde vimos la gran revista militar de Napoleón; entonces pensé que la corona que se puso Napoleón sobre la cabeza, era una cosa miserable y de moda gótica; lo que me pareció grande fue la aclamación universal y el interés que despertaba su persona.

De allí nos encaminamos los tres viajeros a la ciudad eterna: Roma. Allí, como los antiguos repúblicos, ascendimos al Monte Sacro que dominaba la ciudad y juré:

“Juro por el Dios de mis padres, juro por ellos, juro por mi honor y juro por la patria, que no daré descanso a mi brazo ni reposo a mi alma hasta que no haya roto las cadenas que nos oprimen por voluntad del poder español”.

Pero, créame, don Joaquín, hoy mi brazo necesita descanso y mi alma el reposo. ¿Es ese el champán?

—Sí Excelencia, ese es, ya llegamos a Honda.

—Gracias general Posada, ha sido usted muy amable en acompañarme en mi último viaje.



## CAPITULO II



## Los golpes de la muerte

—No hallo palabras para agradecer su atención, señor general Posada.

—El agradecimiento es mío y el honor también al ir en mi champán; le deseo un buen viaje.

—Gracias, espero librarme de más golpes de la muerte.

“Subió al champán con dificultad; cuando la embarcación se apartó, vimos al gran hombre pasar a la popa y darnos el último adiós con el sombrero en la mano”.

El champán sube lentamente y empiezo a recordar otros viajes, como el que hice después de mi juramento en Roma.

Volvimos a París. Allí me informé que don Francisco Miranda ha partido con una expedición libertadora; me entusiasmo y proyecto unírmele; Fanny me reprocha. Cuando me dice que ya no la quiero, reacciono.

—Te adoro, ¿eres capaz de guardar un secreto?, bien. La independencia de América ha sido decretada. Los combates por la libertad se aproximan.

Hasta Amsterdam me acompaña mi maestro; teme a la represión española, así que me embarco solo en Ham-



burgo; el único puerto libre desde donde podría regresar a mi patria. Nos embarcamos en un buque americano que nos llevó a Boston, de allí a Nueva York y finalmente a Charleston; en todo este viaje capté y me asombré de la dichosa libertad de que gozaban los Estados Unidos desde 1776. En junio de 1806 el barco me dejó en el muelle de La Guaira.

La expedición de Miranda había fracasado; era un heroico intento de colocar la bandera amarilla, azul y roja, pero fracasó; él logró huir pero sus compañeros fueron ahorcados y descuartizados.

Regreso, pues, a mi tierra y noto que otros criollos piensan de semejante o igual manera. Hago reuniones literarias en mi casa de Caracas, nos reunimos el marqués del Toro, don Andrés Bello, el canónigo don José Cortés de Madarriaga y muchos más.

Andrés Bello nos da noticias de España: Ha caído don Manuel Godoy, Murat entró con tropas francesas en Madrid, el pasado 5 de mayo, nuestro rey Fernando VII abdica en favor de Napoleón, en Bayona; claro está que a los tres días habían brotado cien focos de resistencia; nadie quiere al inepto monarca pero tampoco al francés invasor. Ya se han formado en Aranjuez la Junta Suprema y ésta ha enviado comisionados regios a toda la América.

Lo miramos asombrados; no acaba el gobernador Emparán de publicar un bando, en que dice que no hay nuevas de España.

—Mentiras, replica Andrés, acabo de saber que los quiteños constituyeron una "Junta Soberana Guberna-

tiva", el 10 de agosto de 1809. Pero la independencia quiteña duró ochenta días; tropas españolas la ahogan en una barbarie de sangre y fuego.

Decidimos que la independencia no se puede aplazar; el 19 de abril de 1810, aprovechamos que el cabildo se reúne para discutir con don Carlos Montúfar y don Antonio Villavicencio, comisarios regios, para promover el desorden. ¡A cabildo abierto!, se grita, Emparán sale al balcón y detrás de él el canónigo Madarriaga; cuando el primero pregunta si quieren su gobierno, el segundo detrás agita la mano diciendo que no y el pueblo dice ¡NO!

Como un reguero de pólvora, el grito de independencia recorre todo el continente, en Santa Fe de Bogotá estalla en julio, en septiembre en México, también en ese mes, Bernardo O'Higgins y otros patriotas proclaman la independencia de Chile.

La Junta Suprema estaba necesitada de militares y me concedió el grado de teniente general de infantería, pero por el momento no éramos necesarios en dicha labor y necesitamos apoyo.

Yo me ofrecí para financiar los gastos del viaje y se nombró jefe de la comisión a Luis López Méndez; yo y Andrés Bello, como secretario. El marqués de Wellesley, experimentado canciller británico, nos recibe en su mansión particular de Apsley House y nos aclara su posición con toda cordialidad; no puede apoyarnos porque Inglaterra y España son aliados en la lucha contra Napoleón, pero mira nuestra causa con simpatía; con el nombre de "Embajadores de la América del Sur", somos agasajados por los periódicos, invitados a muchas cenas y nos

recibe el rey como amigos, pero nada obtenemos y sólo consigo que Miranda acepte venir a Venezuela.

—Se reúne en esta ciudad un congreso de 44 diputados, y Miranda, nombrado teniente general, y yo formamos la “Sociedad Patriótica”, donde insistimos en la declaración de independencia absoluta; por eso cuando se reunió el Congreso, yo proclamé: “Pongamos sin temor la piedra fundamental de la libertad suramericana; vacilar es sucumbir. Unirnos para reposar y dormir en los brazos de la apatía, fue ayer mengua, hoy es traición”.

El Congreso declaró la independencia forzando la voluntad del clero realista y los españoles de Venezuela caímos en los áridos debates de “Patria Boba”, como en la Nueva Granada; lentamente nos disolvimos y la junta independiente fue tibia en las decisiones, decepcionado me devuelvo para San Mateo.

Vuelvo a Caracas para el nombramiento de coronel y para colmo de males, tembló la tierra en toda Venezuela; era un Jueves Santo y hacía dos años habíamos declarado la independencia, yo acababa de dormir la siesta, cuando se sacudió el suelo, salí y ya no encontré otra cosa sino un lamentable hacinamiento de ruinas... cuando di de manos a boca con el furibundo españolizante José Domingo Díaz, apenas me vio comenzó a comentar con su acostumbrada sorna:

—¿Qué tal Bolívar?, parece que la naturaleza se pone del lado de los españoles; este terremoto no es sino un manifiesto castigo del cielo, azote de un Dios irritado contra los estúpidos que habían desconocido al más virtuoso de los monarcas, Fernando VII, ¡el ungido del Señor!

PUERTO CABELLO



Y yo le respondí rabioso:

—¡Si se opone la naturaleza, lucharemos contra ella y haremos que nos obedezca!

Pero fueron los patriotas los que ya no obedecían. Además, Monteverde y Antoñanzas, dándonos golpes de muerte, golpes que eran atropellos a los no combatientes; Miranda vacilante dividió las tropas; yo viajé al corazón de Venezuela, a la plaza de Puerto Cabello, pero la traición de un oficial, la imprudencia de guardar españoles dentro de los fuertes y hasta mi inexperiencia, hicieron de mi primera empresa, mi primera derrota.

Le escribí a Miranda:

—“Mi general: un oficial indigno del nombre venezolano se ha apoderado del castillo de San Felipe y está haciendo un fuego terrible sobre la ciudad. Si V. E. no ataca inmediatamente al enemigo por la retaguardia, esta plaza está perdida. Yo la mantendré, entre tanto, todo lo posible. Fdo. Simón Bolívar”.

Pero Miranda no hizo nada para responder los golpes españoles. Teníamos aún pese a la rebelión de los negros de Barlovento y Guatire, fuerzas en las provincias de Oriente, pero Miranda carecía de empuje y vacilante preparó la capitulación; con ella hizo entrega de la vida y libertad de sus compatriotas.

Fue tan secreta la traición que sólo cinco días después me enteré de ella. Es más: circuló el rumor de su robo a las cajas del tesoro, nos reunimos Pedro Labatut, Tomás Montilla, Pedro Gual y otros; lo apresamos y creyendo dar un golpe recibimos otro; Peña y el comandante Casas corren a contarle a Monteverde la prisión de

Miranda y éste envía tropa española, con lo que quedamos encerrados en La Guaira apresores y prisionero.

Recuerdo haberle contado al Congreso de 1821, mi reacción: "Cuando en el año doce la traición del comandante de La Guaira, Manuel María Casas, puso en posesión del general Monteverde aquella plaza con todos los jefes y oficiales que pretendían evacuarla, no pude evitar la infausta suerte de ser presentado a un tirano, porque mis compañeros de armas no se atrevieron a acompañarme a castigar aquel traidor o vender caramente nuestras vidas".

Me refugio en la casa del marqués de Casa-León, donde permanecí escondido mientras se aclaraban las aguas; para escapar me ayudaron don José Iturbe y don José Félix Rivas, que era primo de Monteverde.

Pude conseguir el salvoconducto y Monteverde, quien sabía que yo era uno de los captores, trató de felicitarme por servir a su rey; pero yo lo rechacé: "no lo arresté por servir al rey sino para castigar a un traidor".

En compañía de otros y sin dinero me enfrento al futuro, le escribo al generoso Iturbe: "yo sé que el hombre de bien y de valor debe ser indiferente a los choques de la mala suerte; yo me hallo armado de constancia y veo con desdén los tiros que me vienen de la fortuna".

Llegamos a Curazao pero no duramos mucho; de Venezuela nos llegan noticias pavorosas sobre cómo se llenan las bóvedas de La Guaira y Puerto Cabello. Viajamos a Cartagena y el presidente Torices nos recibe tibiamente: no puedo usar mi espada pero sí mi pluma, así que escribo: "Yo soy granadino, un hijo de la infeliz Caracas, escapado prodigiosamente de en medio de sus ruinas

físicas y políticas, que siempre fiel al sistema liberal y justo que proclamó mi patria, he venido a seguir aquí los estandartes de la independencia que tan gloriosamente tremolan en estos estados...”.

Estados en los cuales tengo enemigos, lenguas calumniadoras que me señalan y dicen: ahí va Bolívar el que entregó a Miranda.

Quizá por ello (o a pesar de ello) Torices me nombró comandante de Barranca; mi tropa es de solo 70 hombres, el lugar está plagado de bichos pero es el primer escalón de la gloria.

El río Magdalena es de noche más mar que río; navegamos en él 200 hombres, y despierto a los españoles con mi grito: “chapetones, si no os rendís, descargo mi artillería”; los españoles que guardan el Puerto de Tenerife se rinden; en realidad no tengo un solo cañón, el truco también funciona en Mompós.

Ya con 300 hombres le corto la retirada a los españoles en Chiriguana; es una victoria total, con 260 prisioneros y 200 armas capturadas.

La noticia en Cartagena es recibida con júbilo; ha quedado el camino libre. En 15 días el río grande es granadino y yo pienso en Venezuela; como pienso así, me le enfrento al español Correa en San Cayetano a las orillas del río Zulia, lo derrotamos y les digo a mis soldados granadinos: “Soldados, corred a colmaros de gloria, adquiriéndoo el sublime renombre de libertadores de Venezuela”.

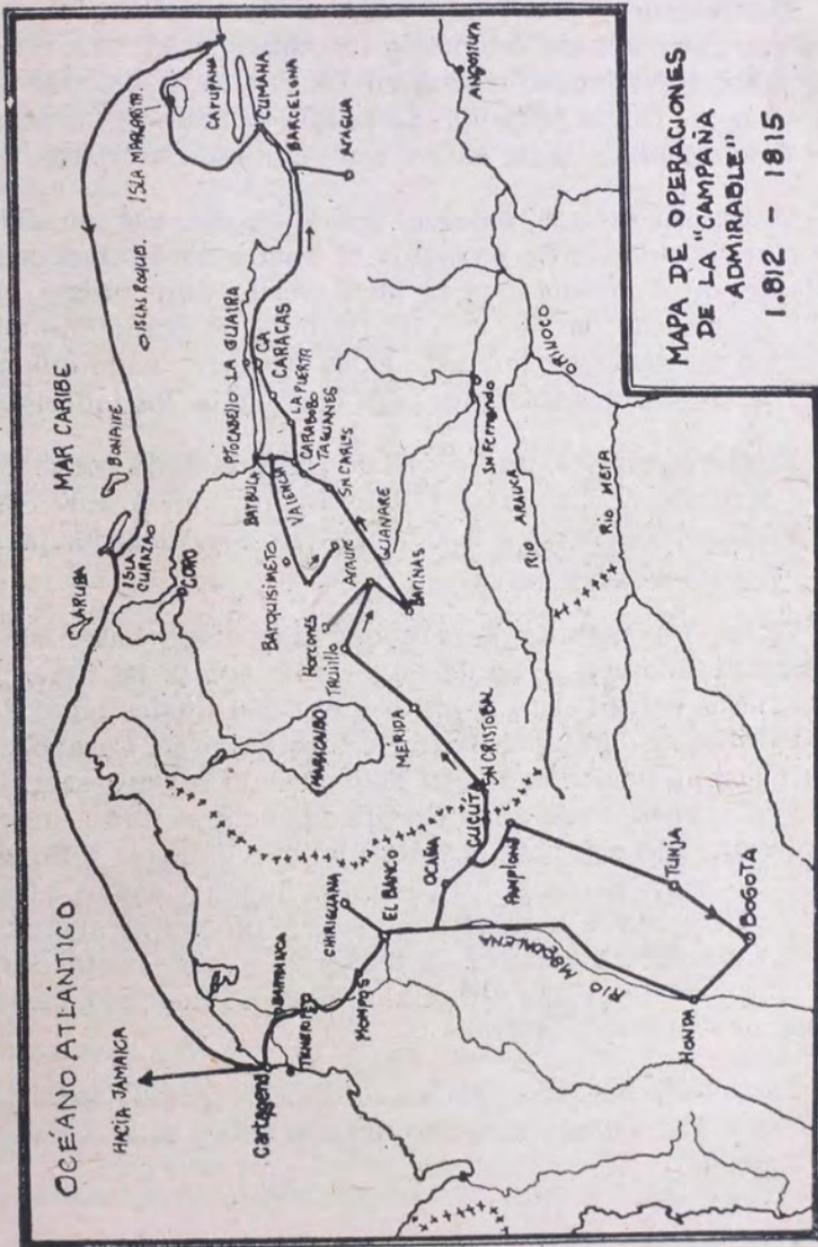
Pero debo reunir más fuerzas; le escribo a Torices y me encuentro con el payanés Camilo Torres, presidente de la provincia de Santa Fe; debo convencerlos; le escribo a

Torices: "Yo espero con la más mortal impaciencia la orden para marchar rápidamente sobre Caracas a cumplir mi profecía de fijar los estandartes de la Nueva Granada en los muros de Puerto Cabello y La Guaira: todo el ejército aspira a tener esta gloria, y no hay un solo soldado en él que se atreva a no desearlo". Y al cartagenero Castillo, indispuerto conmigo, le puyo también. Si dejamos reforzar al enemigo, bien difícil será que las tropas de la Unión puedan batirlo y que la Nueva Granada conserve su independencia; y si se le ataca con brevedad es más que verosímil el favorable éxito de la acción".

Se me concede el grado de brigadier de la Unión y el glorioso título de Ciudadano de la Nueva Granada. De Santa Fe me llegan 150 voluntarios; ellos no lo sabían y yo menos, pero son hombres destinados a la gloria; están Atanasio Girardot, Rafael Urdaneta, Hermógenes Maza, Antonio Ricaurte, Pedro Briceño Méndez y Francisco de Paula Santander.

Tomamos el camino de la libertad y vamos dando golpes a los asombrados españoles; al llegar a Mérida se nos reúnen otros 45 héroes: Santiago Mariño, José Francisco Bermúdez, Manuel Piar, Antonio José de Sucre y otros más.

No le damos descanso a Monteverde como él no nos lo dio en 1812; la crueldad de los llaneros de ambos lados me lleva a declarar: "Nuestra bondad se agotó ya, y puesto que nuestros opresores nos fuerzan a una guerra mortal, e los desaparecerán de América y nuestra tierra será purgada de los monstruos que la infestan. Nuestro odio será a muerte".



MAPA DE OPERACIONES  
DE LA "CAMPAÑA  
ADMIRABLE"  
1.812 - 1815

Monteverde aterrorizado huye a Puerto Cabello, con lo que entramos en Valencia y los españoles en una cruel ironía del destino, se rinden en La Puerta, allí donde en 1812 se les rindió Miranda; ya al año de salir de Caracas, el 6 de agosto de 1813, vuelvo a mi ciudad, victorioso.

Victorioso es una palabra deslumbrante que no deja ver la resistencia. Se proclama el estado libre e independiente de Venezuela, pero Monteverde aún resiste en Puerto Cabello; en el cerro de Bárbula, el granadino Girardot cae vencedor envuelto en la bandera; hago que se le rindan honores solemnes para ejemplo de los indecisos.

En Barquisimeto, una orden de retirada dada por error me arrebató de las manos el triunfo; pero en Araure con 4.800 hombres, venzo a 5.200 realistas; soy vencedor pero estoy vencido.

Boves, ese maldito llanero que no parece haber sido amamantado con leche de mujer sino con la de tigres y las furias del infierno, y junto a él 8.000 jinetes igual de sanguinarios. Trato de frenarlos; primero en Carabobo; luego en mi hacienda de San Mateo con el valiente sacrificio del granadino Antonio Ricaurte al volarse junto con el polvorín; aún así, nada los detiene; cae Valencia y Boves avanza hacia Caracas; los patriotas huyen y somos 3.000 soldados y 10.000 hombres, mujeres y niños que abandonan Caracas; caminamos 20 días y 20 noches hasta Barcelona y de Barcelona a Cumaná; siempre huyendo, hasta que me embarco en Carúpano.

La muerte me rozó y en su roce lo he perdido todo; la victoria, la fortuna; pero me queda la vida y ésta la tengo empeñada.

Regreso a Cartagena y de allí a Tunja donde está reunido el Congreso Granadino: me presento y les doy parte de mi esfuerzo y mi derrota; el Congreso tomó mi esfuerzo y su presidente don Camilo Torres me dijo: "General, vuestra patria no muere mientras viva vuestra espada: con ella, vos la rescataréis de sus opresores. Habéis sido un militar desgraciado, pero sois un hombre grande".

Ayudé a la causa federalista invadiendo a Santa Fe; pero Cartagena me negó los auxilios; solo, remonté una vez más el río y de Cartagena salí para Kingston; allí escribí la Carta de Jamaica, donde concebí por primera vez muchos de mis proyectos, como la unión y la libertad de toda América.

La muerte me lanza un golpe: un esclavo apuñala a mi amigo Félix Amestoy que ocupaba mi hamaca; el asesino es ejecutado, pero el daño está hecho. Paso seis meses en Jamaica, pero es imposible permanecer más tiempo: Cartagena está sitiada y consigo una goleta para acudir allá; pero un corsario francés me da aviso y me salvó de la trampa tendida por Morillo que ya ha vencido a la heroica ciudad; voy hacia Haití, en donde gobierna Petión; me ayuda en cambio de libertar a sus hermanos de raza; con una pequeña expedición desembarcamos en la Isla Margarita: la Asamblea de Los Cayos, el único congreso americano, me nombra jefe supremo; hay que trabajar mucho, pero las rencillas y malentendidos con Nariño y con Soublette, y mi insistencia por invadir el centro de Venezuela, nos pierde. Regreso a Haití, pero no me rindo; Petión, reelecto presidente, me vuelve a auxiliar; vuelvo a Venezuela y en Barcelona trato de centralizar todo el esfuerzo patriota; pero desde el primer esfuerzo veo la ambición del general Piar; actúa en contra mía y de la causa;

finalmente se rebela y los generales se reunen en San Miguel; se me proclama jefe supremo de la república; Piar, abandonado por todos es capturado y fusilado en presencia de las tropas; me ha dolido pero era necesario para nuestra causa.

Sólo hay un camino: el ancho Orinoco y los anchos llanos. Me reuno con el León de Apure, Antonio Páez y marchamos a sorprender a Morillo; lo vencemos en Calabozo; “esta acción nos entregó a Venezuela, pero nosotros no hemos sabido aprovechar la fortuna” —le escribí a Páez en esa ocasión— y Páez temeroso de abandonar el Llano, retrocede y su debilidad hace perder la batalla de La Puerta; en 1812 perdimos allí y en 1818 volvemos a perder. La muerte me dirige un golpe, en la emboscada preparada por españoles disfrazados en el Rincón de los Toros; los balazos dan en mi hamaca vacía gracias a que tengo un sueño ligero, mis esfuerzos por hacer un movimiento de independencia común se ven mal, Morillo dice que quiero coronarme como Simón I, rey de las Américas, y de igual forma piensan algunos patriotas; en el estero de Casacoi-ma vuelve a intentar un golpe la muerte: una patrulla española nos acorralla indefensos y no hay más remedio que hundirnos en un pantano; después de una angustiosa espera nos salvamos y les digo a mis oficiales: “No sé qué tiene dispuesto la Providencia, pero ella me inspira una confianza sin límites”.

Salí de Los Cayos solo, en medio de algunos oficiales, sin más recursos que la esperanza, prometiéndome atravesar un país enemigo. Se han realizado la mitad de mis planes, nos hemos sobrepuesto a todos los obstáculos hasta llegar a la Guayana. Dentro de pocos días rendiremos a Angostura, y entonces iremos a libertar a la Nueva Gra-

Captura de las flecheras de Apure



nada y arrojando a los enemigos del resto de Venezuela, constituiremos la Gran Colombia. Enarbolaremos después el pabellón tricolor sobre el Chimborazo e iremos a completar nuestra obra de libertad a la América del Sur y a asegurar nuestra independencia llevando nuestros pendones victoriosos al Perú, y ¡Perú será libre!

Todos me miraron como loco; dijeron que deliraba, pero el tiempo me dio la razón.

Se unen a nuestro ejército los soldados de la Legión Británica; por fin, en 1818, llega la ayuda pedida diez años atrás; debemos reunirnos en Angostura porque si las armas nos dan la victoria, con qué leyes la apoyaremos. Por eso convoqué el Congreso de Angostura; los diputados eran 23; unos llegan descalzos y otros en asnos y mulas. Ante ellos renuncié al poder civil y sólo pedí el mando del ejército y el Congreso me lo otorgó; les di a los delegados amplios poderes y pedí una presidencia vitalicia y una cámara de elección popular.

Salimos hacia el Alto Apure; soy el presidente titular del Estado y Zea queda como vicepresidente en ejercicio.

En Mantecal recibí un mensaje que me envió Francisco de Paula Santander: tiene 800 hombres y ha despejado de españoles la vertiente oriental de la Cordillera de los Andes.

En el Hato de los Setenta, la noche del 23 de mayo de 1819, en torno a una candelada, sentados los oficiales en calaveras de vacas, les expliqué mi plan: "Cruzaremos la Cordillera de los Andes y caeremos sobre los españoles; detrás de los montes está la gloria y la libertad y esta vez seremos la muerte que dará los golpes".

## SIMON BOLIVAR

### DECLARACION DE LA GUERRA A MUERTE

Brigadier de la Union, General en Xefe del Ejército del Norte, Libertador de Venezuela, A sus conciudadanos.

#### VENEZOLANOS

*Un Ejército de hermanos, embiado por el Soberano Congreso de la Nueva Granada, ha venido á libertaros, y ya lo teneis en medio de vosotros, despues de haber expulsado a los opresores de las Provincias de Merida y Truxilio.*

*Nosotros somos embiados á destruir á los Españoles, á proteger a los Americanos, y á restablecer los Gobiernos que formaban la Confederacion de Venezuela. Los Estados que cubren nuestras Armas, están regidos nuevamente por sus antiguas Constituciones y Magistrados, gozando de su libertad é independencia; porque nuestra mision, solo se dirige á romper las cadenas de la servidumbre, que agovian todavia á algunos de nuestros Pueblos, sin pretender dar leyes, ni ejercer actos de dominio, á que el derecho de la guerra podria autorizarnos.*

*Tocados de vuestros infortunios, no hemos podido ver con indiferencia las aflicciones que os hace experimentar los bárbaros Españoles, que os han aniquilado con la rapiña, y os han destruido con la muerte: que han violado los derechos sagrados de las gentes: que han infringido las capitulaciones y los tratados más solemnes; y en fin han cometido todos los crímenes, reduciendo a la República*

*de Venezuela a la mas espantosa desolacion. Asi pues, la justicia exige la vindicta, y la necesidad nos obliga a tomarla. Que desaparescan para siempre del suelo Colombiano, los monstruos que lo infestan y han cubierto de sangre: que su escarmiento sea igual á la enormidad de su perfidia, para lavar en este modo la mancha de nuestra ignominia, y mostrar á las Naciones del Universo, que no se ofende impunemente a los hijos de América.*

*A pesar de nuestros justos recentimientos contra los iniquos Españoles, nuestro magnanimo corazon se digna, aún, abrirles por la última vez una via á la conciliación y á la amistad; todavía se les invita á vivir francamente entre nosotros, si detestando sus crímenes, y convirtiéndose de buena fe, cooperan con nosotros á la destrucción del Gobierno intruso de la España, y al restablecimiento de la República de Venezuela.*

*Todo Español que no conspire contra la tirania en favor de la justa causa, por los medios mas activos y eficaces, será tenido por enemigo, castigado como traidor á la Patria, y en consecuencia será irremisiblemente pasado por las armas. Por el contrario, se concede un indulto general y absoluto á los que pasen á nuestro Ejército con sus armas ó sin ellas: á los que presten sus auxilios á los buenos Ciudadanos que se están esforzando por sacudir el yugo de la Tirania. Se conservarán en sus empleos á los oficiales de guerra, y Magistrados civiles que proclamen el Gobierno de Venezuela, y se unan a nosotros; en una palabra, los Españoles que hagan señalados servicios al Estado, serán tratados como Americanos.*

*Y vosotros Americanos, que el error ó la seduccion ha extraviado de las sendas de la justicia, sabed que vuestros hermanos os perdonan sinceramente, y lamentan vuestros*

*descarrios, en la intima persuasion de que vosotros no podeis ser culpables, y que solo la seguedad, e ignorancia en que os han tenido hasta el presente los autores de vuestras culpas, han podido induciros a ellas.*

*No temais la espada que viene á vengaros, y á cortar los lazos igniominiosos conque os ligan á su suerte vuestros verdugos. Tendreis una inmunidad absoluta en vuestro honor, vida, y propiedades: el solo título de Americanos será vuestra garantía y salvaguardia. Nuestras armas han venido a protegeros, y no se emplearan jamas contra uno solo de nuestros hermanos.*

*Esta amnistia se extiende hasta á los mismos traidores que mas recientemente hayan cometido actos de felonía; y sera tan religiosamente cumplida, que ninguna razón, causa, ó pretexto bastará para obligarnos a quebrantar nuestra oferta, por grandes y extraordinarios que sean los motivos que nos deis para exitar nuestra animadversion.*

*Espanoles y Canarios, contad con la muerte, aún siendo indiferentes, sino obrais activamente en obsequio de la libertad de Venezuela. Americanos, contad con la vida, aún quando seais culpables. Quartel General de Truxillo, 15 de Junio de 1813, 3º de la Independencia.*

*Simon BOLIVAR*

*Certifico;  
Pedro Brizeño Mendez,  
Secretario  
Imprenta de Juan Baillio*

*Texto de la Declaratoria de la Guerra a muerte*



## CAPITULO III

CAPÍTULO III

## El río de la libertad

—Excelencia —me llama mi edecán Belford Wilson— ya llegamos a Mompós.

—Ya veo. ¿Sabe? para los granadinos este río, es el río de la libertad.

—¿Este, el Magdalena?, excelencia.

—Sí coronel Belford, éste y el ejército de 1819.

—¿Cómo dice, excelencia?

—En 1819 éramos el río de la libertad.

“Recalamos en el puerto; había congregadas, pese al sol, unas 5.000 personas; su excelencia, el Libertador, asomó la cabeza y al instante se oyen vítores; se apoya en su sobrino el teniente Fernando Bolívar y agita su flácida mano”.

Saludo a la gente de Mompós como la saludé en 1813, pero ya no somos los de antes; todos quieren estrecharme la mano; estaremos un par de días aquí; siento el calor del puerto y de sus habitantes y recuerdo cuánta falta nos hacía este calor cuando empezamos a subir desde Guasdalito, por allá en junio de 1819.



Paso del Páramo de Pisba

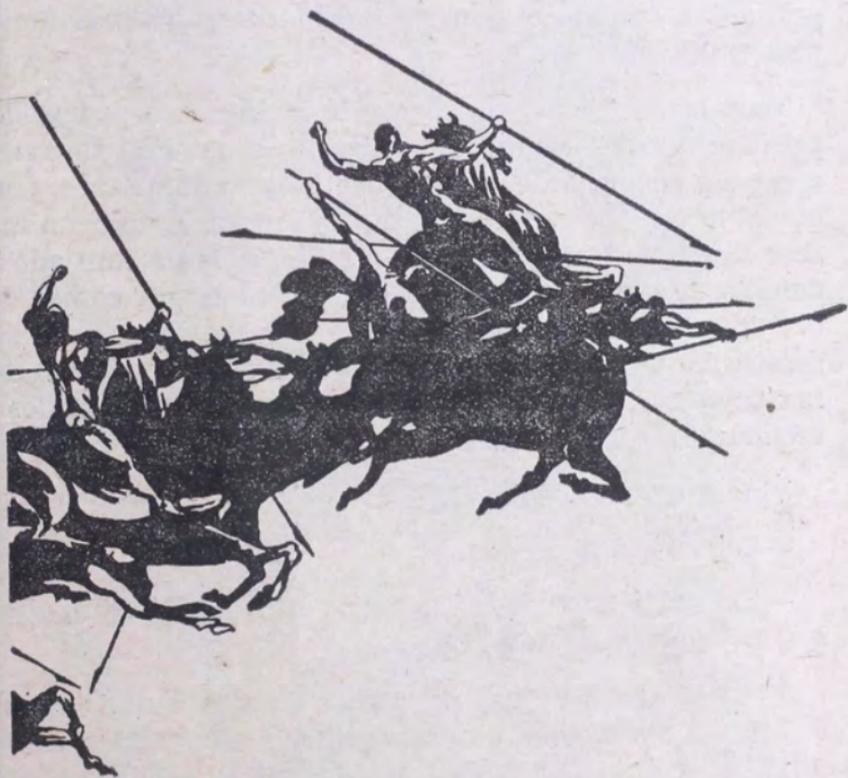
Eramos 1.300 hombres y 800 jinetes; nos acompañaba una lluvia torrencial; aprobado mi plan, entramos por el camino de Pisba; era el más difícil de vencer por su altura, y el más indefenso, recorrimos, pues, los 193 kilómetros desde Guasdalito hasta Pore, y le escribí al gobierno de Angostura: "un mes entero hemos marchado por la provincia de Casanare, superando cada día nuevos obstáculos que parece se redoblan al paso que nos adelantamos en ella. Para formar una idea de la aspereza de las montañas que hemos atravesado, basta saber que, en cuatro marchas, hemos inutilizado casi todos los transportes del parque y perdido casi todo el ganado que venía de repuesto. El rigor de la estación ha contribuido a hacer más pesado el camino; apenas hay día o noche que no llueva". En Tame nos encontramos con 1.800 hombres de Santander y el 27 de junio damos el primer golpe; Santander derrota a 300 españoles en la fuerte posición de Paya; ascendemos penosamente; eran testigos el cóndor y el sol que daba una luz pálida de luna llena. El 5 de julio con los sobrevivientes llegamos a Socha. Apenas di mis primeros pasos de este lado de la cordillera, cuando oí resonar delante de mí, bendiciones de unos hombres que esperaban mis armas con todo el entusiasmo de la libertad.

Ahora sólo somos un pequeño arroyo, pero muchas aguas se nos van uniendo; en Socha, gracias al párroco y al alcalde, se confisca ropa para los soldados; debíamos mantener abiertos los caminos del páramo para las tropas que nos seguían: la Legión Británica y la caballería llanera; teníamos frente a nosotros al brigadier José María Barreiro y a 2.000 hombres; primero peleamos en el puente de Gámeza y Barreiro se apoderó de los molinos de Tópaga. Planeé, pues, mediante una audaz operación,

colocarnos a espaldas de nuestro adversario para obligarle a combatir en campo abierto o dejarle libre el camino hacia Santa Fe; el éxito dependía de la rapidez en atravesar el río Chicamocha, porque los españoles situados en la margen opuesta, nos podían coger entre dos fuegos y eso desgraciadamente ocurrió; cuando hacia el mediodía llegué a la casa de Vargas, encontré a los españoles esperándonos alrededor de un pequeño valle formado por el río Sogamoso: **El Pantano de Vargas.**

No tuve otra alternativa que lanzar las tropas contra los atrincherados españoles, quienes envolvieron a nuestro ejército en un fuego horroroso; les dije a mis edecanes: "Se nos vino la caballería y se perdió la batalla", y el coronel Juan José Rondón preguntó: "¿Cómo se ha de perder, si mi caballería no ha entrado?". Conseguimos caballos de repuesto y le grité: "¡Coronel salve usted la patria!". Y la salvó, con sólo catorce llaneros atacaron a los españoles. Las lanzas callaron a los fusiles, y nuestra infantería se lanzó contra los desordenados realistas; la noche los salvó de la derrota y se refugiaron en Paipa; entre nuestras pérdidas, la que más me dolió fue la del inglés James Rook, comandante de la Legión Británica.

Decidí dar otro golpe; en la noche del 4 de agosto aparentamos volver a los Corrales de Bonza, pero a las 8 de la noche di orden de contramarchar y nos dirigimos en silencio hacia Tunja; el 5 de agosto a las 11 de la mañana entramos en Tunja; Barreiro se tornó en el perseguido; tenía el desbordamiento de nuestro ejército; escribí en el boletín de guerra: "Al amanecer del día 7 de agosto dieron parte los cuerpos avanzados de que el enemigo estaba en marcha por el camino de Samacá; el ejército se puso sobre las armas y al reconocerse la intención del enemigo de pa-



Pantano de Vargas, escultura de Rodrigo Arenas Betancourt

sar el puente sobre el río Boyacá para abrir sus comunicaciones directas y ponerse en contacto con la capital, marchamos por el camino principal para impedirselo y forzarlo a admitir la batalla”.

Fue una batalla afortunada; nuestras tropas con movimientos audaces y ejecutados con la más estricta disciplina envolvieron los batallones enemigos; la victoria fue granadina cuando el general Santander y dos batallones pasaron el puente.

Todo el ejército enemigo quedó en nuestro poder; dos prisioneros me llamaron la atención; el general Barreiro, atrapado por mi ordenanza Pedro Pascasio Martínez, y un oficial al que me encaré y le dije: “Vinoní, ¿qué pena merece el jefe de una guarnición a quien se le ha confiado la defensa de una plaza fuerte y en vez de cumplir con su deber se vende al enemigo, entrega a sus amigos para ser sacrificados, quita toda esperanza a los que sobreviven, toma parte con los enemigos para inmolar a los rendidos y esclavizar a su patria?

Vinoní me contestó:

—Señor, ser ahorcado.

—Pues ahórquese usted, o mejor aún, Anzoátegui, ahorque usted a este traidor.

Y en Ventaquemada, pendiente de una cuerda quedó Francisco Fernández Vinoní, traidor a la patria, pues en 1812 entregó el fortín de Puerto Cabello arrebatándome la gloria.

Somos el río de la libertad que empezó a labrar un cauce hace 78 días.



Batalla de Boyacá

El 10 de agosto de 1819 a eso de las cinco de la tarde, llegué con otros oficiales a Santa Fe; una señora salió a nuestro encuentro en la calle Florián, me cogió la pierna derecha y dijo: ¡Dios te bendiga fantasma!

No hallo mayor elogio a este fantasma que el que hizo Morillo a su rey: "El sedicioso Bolívar ha ocupado a Santa Fe y el fatal éxito de esta batalla ha puesto a su disposición todo el reino y los inmensos recursos de un país muy poblado, rico y abundante, de donde sacaré cuanto necesite para continuar la guerra en estas provincias, pues los insurgentes y menos este caudillo, no se detienen en fórmulas ni consideraciones.

Esta desgraciada acción entrega a los rebeldes, además del Nuevo Reino de Granada, muchos puertos en el mar del Sur, donde se acogerán sus piratas; Popayán, Quito, Pasto y todo el interior de este continente hasta el Perú queda a la merced del que domina a Santa Fe, a quien, al mismo tiempo, se abren las casas de monedá, arsénales, fábricas de armas, talleres y cuanto poseía el rey, nuestro señor en el virreinato. Bolívar en un sólo día acaba con el fruto de cinco años de campaña y en una sola batalla reconquista lo que las tropas del rey ganaron en muchos combates".

En Santa Fe, duré un mes y medio; se nombró a Santander como el primer mandatario granadino; el 18 de septiembre, los santafereños nos hicieron un homenaje en torno a la catedral; los soldados y el pueblo formaron un arco y una niña en nombre de la patria ciñó mis sienes con una corona de laurel; mas yo no la merezco; la coloco en la bandera de los soldados que merecen ese honor; el pueblo de la Nueva Granada se ha mostrado digno de ser libre.

Luego marché hacia Pamplona; la libertad de la Nueva Granada al igual que en 1814 estaba en peligro mientras Venezuela siguiese sojuzgada; aunque abrigaba mayores sueños; como le escribí a Anzoátegui: “¿Quién sabe si el Cuzco reciba también el beneficio de nuestras armas y si el argentino Potosí sea el término de nuestras conquistas?”.

Regreso a Angostura por el camino de Pamplona y saliendo de esta ciudad recibo la noticia de la repentina muerte del general Anzoátegui; me dirigí a los granadinos antes de devolver la libertad a mi patria: “Yo me despedido de vosotros por poco tiempo, granadinos. Nuevas victorias esperan al ejército libertador, que no tendrá reposo mientras haya enemigos en el norte o sur de Colombia”.

Debo seguir para Angostura donde en mi ausencia se creyó en mi derrota; como siempre, hay interesados en falsas alarmas; algunos se amotinaron por la prisión de Arismendi en la Isla Margarita; Francisco Antonio Zea había renunciado, pero afortunadamente cuando llegué el 11 de diciembre de 1819, el orden se restituye; se reúne el Segundo Congreso de Angostura y propuse ante la Asamblea uno de mis más caros sueños: **la creación de la Gran Colombia**, formada con la unión de Venezuela y la Nueva Granada, con tres departamentos: Venezuela, Quito y Colombia; se somete a votación; se lo escribí a Santander: “Si es proclamada Colombia, mis servicios quedarán recompensados”. El presidente Zea dio lectura a la ley fundamental de la Gran Colombia, se levantó y gritó: “la república de Colombia queda constituida! Viva la república de Colombia”, y todos gritamos: “¡Viva la Gran Colombia!”.

El 13 de febrero de 1820 se celebró en Bogotá la proclamación de la Gran Colombia; hay que reforzar todos los frentes; viajo por todo el Magdalena hasta Barranquilla y la provincia de Cúcuta; me preocupa una segunda expedición que preparan los españoles; he sabido que son 30.000 hombres; un ejército diez veces mayor que el granadino.

Pero no se embarcan. En España también corre un río subterráneo de libertad; el 1º de enero de 1820 el comandante Rafael Riego se levantó contra Fernando VII, a quien se le obligó a firmar una Constitución y al mismo tiempo a reconocer nuestra independencia; se le envían, supe después, órdenes a Morillo para tratar con nosotros y Morillo me envió la antigua constitución de Cádiz, ¡como si todavía estuviéramos en 1810!, pero han pasado diez años y le contesto que la única base de negociación que el gobierno colombiano admitiría es la Carta de Angostura.

Recibo, entonces, otra carta del Conde de Cartagena, Pablo Morillo, donde paso de ser ese "sedicioso Bolívar" a "su excelencia el Presidente de la República". ¡Cómo es la vida! El 27 de noviembre de 1820, 7 años después de haber firmado el decreto de guerra a muerte, volví a firmar el armisticio de seis meses con Morillo, en la misma aldea de Trujillo.

Dos días después me entrevisté en Santa Ana con Morillo: vi en ello un camino a la humanización de la guerra: él fue muy elegante y rodeado por una numerosa tropa; yo me puse una sencilla levita azul, un gorro de campaña y montado en una burra salí a su encuentro.

Recuerdo haberle dicho a De Lacroix: "...durante todo el curso de mi vida, nunca he desplegado más política,

más ardid diplomático, que en aquella importante ocasión; se trataba de convencer a Morillo de lo inútil de la resistencia española; creo que lo convencí..."; luego comimos, bebimos, brindamos y por propuesta de Morillo, levantamos un mojón en el lugar de nuestro encuentro; cada cual se volvió a su ejército. Nunca más lo volví a ver.

Regresé a Bogotá y me alojé en la Quinta de las Aguas; necesitaba descanso, pero llegó un correo de Cúcuta; Maracaibo había proclamado su independencia con el apoyo de tropas colombianas. Era el momento de reiniciar la guerra; pero el plazo de armisticio no se había vencido; ¿violar el pacto y atacar por el deber de la patria?

Me decido; había hecho un plan en Salazar de las Aguas; cuento con Páez, Urdaneta, Bermúdez, Rangel, Cedeña, Plaza, Soublette, Silva, Rondón, Montilla y José Tadeo Monagas. Somos el río de la libertad y desbordamos el dique español.

Vamos convergiendo; el 24 de junio de 1821, 6.000 hombres de La Torre nos esperaban atrincherados en la llanura de Carabobo; en 1814 me derrotaron allí, ¿se repite? ¡No!, el bravo Páez, como un torrente, inunda las posiciones españolas; antes de la acción me preguntó:

—General, en su concepto, ¿quién es la mejor lanza del llano?

Y yo le contesté: —El general José Monagas.

Herido en su orgullo, redobla su ya legendario valor y con su lanza chorreando sangre española se me acerca, en Carabobo.

—Y ahora, general, ¿quién es la mejor lanza del llano?



Batalla de Carabobo

Le contesté rápido: —El general Monagas.

—Entonces, ¿qué diablos soy yo?, rugió el León del Apure.

Me le acerqué, alcé la voz y dije:

—¡Usted, general Páez, es la mejor lanza del mundo!

Me mira y suelta la carcajada; todos se ríen pero no es cosa de risa, sé que mi patria tendrá que ser repartida entre caudillos; nombré a Páez general de las provincias de Caracas y Barinas; a Bermúdez, de Guayana, Cumaná y Margarita y a Mariño con igual rango, en Coro, Mérida y Maracaibo; la verdad se la dije a Santander: “Usted no se puede formar idea exacta del espíritu que anima a nuestros militares y yo no he podido ser justo impunemente”. Cinco días después entré en Caracas; por fin mi ciudad natal se hallaba libre.

Tengo sueños más grandes; así se lo escribía al vicepresidente Santander: “Fórmese usted un ejército que pueda triunfar al pie del Chimborazo y en el Cuzcú, y que enseñe el camino de la victoria a los vencedores en Maipó y libertadores del Perú”. También le escribí a San Martín, el héroe del Sur: “Mi primer pensamiento en el campo de Carabobo, cuando vi mi patria libre, fue para V. E., el Perú y su ejército libertador”.

Regresé para la instalación del Primer Congreso Constituyente de la Gran Colombia; en la Villa del Rosario de Cúcuta, el 6 de mayo de 1821; allí se ratificó la ley fundamental de la república; se me nombró presidente y como vicepresidente a Santander; se expidieron leyes destinadas a fortalecer nuestra libertad y se dio la Constitución de Colombia; dije al Congreso: “Yo soy el hijo de la guerra; el hombre que los combates han elevado a la magistra-

tura. Un hombre como yo, es un ciudadano peligroso en un gobierno popular; es una amenaza inmediata a la soberanía nacional; yo quiero ser ciudadano para ser libre y para que todos lo sean. Prefiero el título de ciudadano al de Libertador, porque éste emana de la guerra, aquél emana de las leyes. ¡Cambíadme, señor, todos mis dictados por el de buen ciudadano!”.

Poco tiempo después, los focos de resistencia española en Venezuela se rendían; las plazas de Cartagena y Cumaná también capitulaban y además, el Istmo de Panamá se independizó y espontáneamente se adhirió a Colombia.

El río de la libertad debía labrar su imperecedero cauce; hacia el Sur tenía la oposición de Santander, siempre pensando en dinero; pero yo le dije: “¿cree usted que la paz se puede comprar con setenta mil hombres? ¿Cree usted que la gloria de la libertad se puede comprar con las minas de Cundinamarca?”. La verdad no sólo me empujaba a la libertad; también el amor propio; en agosto de 1821, le volví a escribir al vicepresidente: “No iré al Sur, si la gloria no me ha de seguir, porque ya estoy en el caso de perder el camino de la vida o de seguir siempre el de la gloria. El fruto de once años no lo quiero perder con una afrenta, ni quiero que San Martín me vea, si no es como corresponde al hijo predilecto de la gloria; repito que mande usted todo lo que tenga al Sur para que allí se forme lo que se llama el ejército libertador”.

El 13 de diciembre el ejército se puso en marcha; siempre he pensado que mientras haya qué hacer, nada se ha hecho; pasamos por el Valle del Cauca; el 1º de enero de 1822 salimos de Cali, llegamos a Popayán y comprendí que la población nos era hostil; además Santander no enviaba

casi ningún auxilio y teníamos que combatir a los guerrilleros realistas de Agualongo y a las tropas del coronel Basilio García, en una explanada situada en la falda occidental del volcán Galeras; allí en Bomboná obtuvimos una victoria difícil, al igual que en muchas de mis batallas; cuando todo parecía perdido apareció a espaldas de las trincheras españolas la bandera de nuestro batallón Rifles.

Gracias a esta sangrienta victoria, los pastusos desistieron de su lucha. Yo lo ignoraba pero Sucre, enviado con 2.000 infantes y 400 jinetes, había batido a la caballería realista y el 24 de mayo los volvía a vencer en las faldas del Pichincha; la provincia de Quito era libre; el Sur de Colombia también. Al vencer, el general Sucre me hizo mención de la valiente actuación de un joven oficial colombiano: el coronel José María Córdoba.

Entramos en Quito el 15 de junio; nos recibió una ciudad alegre y engalanada; en un tablado, en la plaza mayor, seis señoritas vestidas de ninfas me presentaron una corona, yo la coloqué en las sienes de Sucre; esta corona pertenece al vencedor de Pichincha; al pasar por otra calle, cae sobre mí otra corona; alzo los ojos y me encuentro con unos ojos negros; los reconozco después en el baile de don Juan Larrea; sí, la señora Manuela Sáenz de Thorne; desde el primer momento amé a la "amable loca". Paso unos meses maravillosos en Quito. Poco tiempo después le escribí a San Martín "Tengo la mayor satisfacción de anunciar a V. E. que la guerra de Colombia está terminada y que su ejército está pronto a marchar dondequiera que lo llamen sus hermanos y muy particularmente, a la patria de sus hermanos del Sur...". San Martín, el protector, me responde; quiere una entrevista en julio de

1822, y el 26 de julio lo espero en el puerto de Guayaquil; hablamos de temas generales; me hizo preguntas vagas e inconexas sobre las materias militares y políticas; nos habíamos encerrado cuatro horas a hablar y le di a entender que me opondría a la instauración de un sistema monárquico en nuestra América y hablamos de dos cuestiones fundamentales: el futuro sistema del gobierno para el Perú y quién comandaría el ejército aliado. San Martín se retiró disgustado y decidió que fuera yo quien interviniera en el Perú.

Creo que quedé con más problemas; no bien comienza el año de 1823 ya tengo que recorrer Pasto-Quito-Guayaquil-Quito-Ibarra y Quito, para sofocar traiciones; me siento cansado y advierto fermentos de caudillaje. ¿Será que edifiqué en el viento?

Ya lo había escrito en Jamaica: "El Perú encierra dos elementos, enemigos de todo régimen justo y liberal: oro y esclavos". Y necesito tres cosas para triunfar en el Perú: a Sucre, el permiso del congreso colombiano para actuar en el Perú y 10.000 soldados.

Además en el Perú, el río de la libertad está fangoso; Riva Agüero, presidente del congreso peruano, estaba en rebeldía; los errores del general independiente Santa Cruz, disuelto el Congreso en Trujillo, Torre Tagle en el Alto Perú, rebelde también; aun así, contaba con los invencibles batallones colombianos y el apoyo popular.

Acepto la dictadura que me concede el Congreso pero les advierto: "peruanos: el campo de batalla que sea testigo del valor de nuestros soldados, del triunfo de nuestra libertad; ese campo afortunado me verá arrojar de la mano la palma de la dictadura; y de allí me volveré a

Colombia con mis hermanos de armas, sin tomar un grano de arena del Perú y dejándoos la libertad”.

Pero mi desprendimiento no soluciona mucho la situación; además, en España se estaba ahogando con sangre el movimiento constitucional que había depuesto a Fernando VII; la expedición de Chile, apenas tocó en tierra y se dio cuenta de la situación del país, se devolvió a su patria; el partido realista en Lima se movía activamente y el puerto fortificado de Callao, se rinde por la traición de los argentinos. Y para colmo, me dan unas fiebres en Patilvica. Allá me fue a visitar don Joaquín Mosquera; preocupado no sólo por mi salud; el río de la libertad también se estaba secando. Me dijo:

—¿Y qué piensa su excelencia hacer ahora?

Lo miré; miré lo que quedaba por hacer, alcé la voz:

—¡Triunfar!

Con rápidas medidas, el río de la libertad empezó a fluir; reuno lo mejor de la caballería americana: llaneros granadinos, gauchos, pamperos peruanos, huasos chilenos; cruzo la cordillera blanca con 7.000 hombres, me coloco frente al general Canterac con 9.000 hombres en Pasco; era el 6 de agosto de 1824 y nos enfrentamos en Junín; por movimientos de batalla solamente entran en acción las caballerías; la española, de 1.380 jinetes y la nuestra, de 900; la acción sobre un terreno pantanoso es ganada por nosotros; venció la táctica de Páez que me dijo en una ocasión: “Es cosa esencialísima enseñar a la caballería a cargar, retirarse y volver varas. A ser ternejal en sus cargas, como dicen nuestros llaneros”, y también nuestras lanzas que son más largas.



Batalla de Junfn

Pero Junín no asegura la independencia; Canterac va retirándose, tratando de reunirse con el virrey Laserna. Decidí volver a la costa; se necesitaba reforzar la autoridad en Lima; había que sitiar al Callao, recibir refuerzos, organizar el país libertado y mantener comunicaciones con Colombia, dejo a Sucre como general en jefe, y él, impulsivo quería empeñar batalla en cualquier terreno y el terreno fue la meseta de Ayacucho.

Cuando vuelvo a Lima, convoco al Primer Congreso Panamericano; propongo Panamá; al convocarlos en la circular del 7 de diciembre de 1824 les anuncio: "Después de quince años de sacrificios consagrados a la libertad de América, por obtener el sistema de garantías que, en paz o en guerra, sea el escudo de nuestro nuevo destino, es tiempo ya de que los intereses y las relaciones que unen entre sí a las repúblicas americanas, antes colonias españolas, tengan una base fundamental que eternice, si es posible, la duración de estos gobiernos".

Dos días después recibo una mejor noticia: Sucre rodeado por José María Córdoba, José de la Mar y Jacinto Lara, derrotan al virrey La Serna, en la meseta de Ayacucho.

La mayor batalla contra el imperio español, se ha librado; 1.800 realistas han muerto; 4 generales y el propio virrey se entregan; Perú es libre.

Debo cumplir mi palabra; presento ante el Congreso mi renuncia; ya a principios de ese año pensé en irme; todo el mundo me está quemando con que soy ambicioso, que me quiero coronar; lo dicen los franceses, lo dicen en Chile, en Buenos Aires, lo dicen aquí y lo dice un anónimo de Caracas; así se lo expresé al general Páez: "Con irme respondo a todo. No quiero más gloria, no quiero más



B. V.  
Batalla de Ayacucho

poder, no quiero más fortuna y sí quiero mucho mi reposo. Me queda un tercio de vida y quiero vivir”.

El río de la libertad se acerca a su desembocadura; parto hacia el Alto Perú; me detengo en Arequipa donde me regalan un caballo enjaezado de oro; pero el homenaje que recuerdo con más cariño, lo hizo el cura párroco de un pueblito indígena, Pucará, el cura José Domingo Choquehuanca, quien dijo al saludarme: “Quiso Dios de salvas formar un imperio y creó a Manco-Capác; pecó su raza y mandó a Pizarro. Después de tres siglos de expiación ha tenido piedad de la América y os ha enviado a vos; sois, pues, hombre de un designio providencial: nada de lo hecho antes que vos se parece a lo que vos habéis hecho y para que alguno pueda imitaros será preciso que haya un mundo por libertar. Habéis fundado cinco repúblicas que en el inmenso desarrollo a que están llamadas, elevarán vuestra grandeza a donde ninguna ha llegado. Vuestra fama crecerá, así como aumenta el tiempo con el transcurso de los siglos, así como crece la sombra cuando el sol declina”.

Sigo a Cuzco y allí se me da otra corona llena de perlas y diamantes y se la entrego a Sucre. En el Alto Perú nace a la vida de las naciones libres, un país que es bautizado por los diputados a la asamblea general con el nombre de Bolívar: Bolivia. Queda como capital La Paz y como gobernante Sucre. Acompañado del mariscal de los plenipotenciarios del río de La Plata y de los legados del Congreso peruano ascendemos hacia el célebre monte de Plata de Potosí y allí colocamos las banderas de Colombia, Perú y Argentina.

Es el 26 de octubre de 1825 y doy por terminado el trazo del río de la libertad.



## CAPITULO IV



## Cartagena

“Cartagena, 25 de junio de 1830.

Ayer llegamos a este puerto; su excelencia está mejor que cuando pasamos por Turbaco; él había expresado su voluntad de no molestar a persona alguna, pero apenas desembarcamos llegan a nosotros el general Montilla y otros dignatarios..., nos buscan alojamiento cerca del cerro de La Popa..., esperamos salir para Jamaica a fines de este mes...

Suyo, afectísimo:

Belford Hinton Wilson”.

“¿Quién tuviera la fortaleza de estas murallas, para resistir las ofensas de hombres?”. Pero no, estoy cada día más seguro de que ni la más sólida piedra resiste el ácido de la calumnia; menos yo, que considero la verdad como en una ocasión le dije a don Joaquín Mosquera, la prenda más valiosa que posee todo hombre.

Después de salir de Potosí, viajé a la ciudad universitaria de Chiquisaca, donde elaboré la constitución para la nueva nación boliviana, en aquella ocasión le escribí a don Joaquín: “El Código Boliviano es el resumen de mis

ideas, y yo lo ofrezco a Colombia como a toda América. A mis ojos no se me presenta ningún otro medio de rescate y todo lo demás me parece absurdo”.

Regreso a mi amado Quito y a los brazos de Manuelita que me espera en la finca de La Magdalena; descanso pero me llaman insistentemente de Colombia. Santander dice que espera solucionar un problema con Páez y más tarde llega la noticia de la rebelión en Venezuela; regreso presuroso y le escribo a Páez angustiado: “Yo he venido desde el Perú por evitar a usted el delito de una guerra civil; he venido porque Caracas y Venezuela no vuelvan a mancharse con la sangre más preciosa: la del pueblo venezolano”.

Por ello cabalgo en cuatro meses 6.730 kilómetros, por ello me enfrento a un impaciente congreso granadino que quiere castigar a “esos insolentes militares venezolanos” como me dijo Vargas Tejada, olvidando que yo era uno de ellos; por ello tengo que calmar a los llaneros estacionados en Bogotá, por ello vuelvo a mi tierra a convencer a Páez, quien me abraza y depone armas; la paz se ha logrado pero yo sé que este es el principio del fin.

Volví a Caracas y vi por última vez mi ciudad natal; tengo la firme determinación de renunciar; si lo hago quizá los odios cesen, así que regreso a Bogotá y renuncio pero mis partidarios no aceptan; han conformado un partido llamado Bolivariano y piensan convocar una asamblea nacional.

Yo también apoyo esta idea y dispongo todo para que delegados de toda la Gran Colombia se reúnan en Ocaña, que por su situación geográfica hace posible la llegada de los delegados venezolanos.

Pero a medida que pasa el tiempo se van acentuando los odios, se van aclarando las posiciones, los que me apoyan y los que apoyan a Santander y que se hacen llamar civilistas; tanto me indigna la posición de Santander que le escribí a Soubllette en marzo de 1827: "... Ya no pudiendo soportar la pérfida ingratitud de Santander, le he escrito hoy para que no me escriba más, porque no quiero responderle ni darle el título de amigo". También la situación se torna amarga en el Sur. Flórez a quien considero mi amigo pese a que conozco sus ambiciones, y el general La Mar, están tomando el camino de la guerra civil, empujan a los quiteños a la ingratitud y aquí en Bogotá mis amigos son tenidos como enemigos de la República y son perseguidos como tales.

Todas mis esperanzas están en la Convención de Ocaña, que se reúne el 9 de abril de 1827; son 43 diputados divididos en tres fracciones: la que me apoya, la que apoya a Santander y otra que indecisa espera el debate.

Yo soy el presidente en ejercicio y no puedo presentarme a menos que la Convención me lo ordene; les dirijo un mensaje: "Dadnos un gobierno en que la ley sea obedecida, el magistrado respetado y el pueblo libre".

Viajo lo más cerca posible a Bucaramanga; me acompañan mis edecanes, algunos partidarios y los oficiales de mi estado mayor, entre ellos Perú de La Croix, joven coronel que vive haciéndome preguntas que transcribe en un diario; cuando le pedí que me leyera algo me leyó su retrato físico de mí:

—"El general en jefe Simón Jose Antonio Bolívar cumplirá cuarenta y cinco años el 24 de julio de este año (1828); representa sin embargo, cincuenta. Su estatura

es mediana, el cuerpo delgado y flaco, los brazos, los muslos y las piernas son descarnados. La cabeza larga, ancha en la parte superior y muy afilada en la inferior. La frente grande, despejada, cilíndrica y surcada de arrugas hondas cuando el rostro no está animado y en momentos de mal humor y de cólera...”.

—Hombre, lo interrumpí, pues para los políticos de Bogotá yo debo andar con una frente arrugadísima..., pero continúe.

—“Sigo. El pelo crespo, erizado, abundante y canoso. Los ojos, que han perdido el brillo de la juventud, conservan la viveza de su genio: son profundos; ni pequeños ni grandes; las cejas, espesas y separadas, poco arqueadas y más canosas que el pelo. La nariz aguileña, proporcionada. Los huesos de los carrillos, agudos y las mejillas chupadas en la parte inferior. La boca algo grande, y saliente el labio inferior. Los dientes blancos y la risa agradable. La barba larga y afilada. El rostro moreno y tostado, y se oscurece más con el mal humor...”.

—¿Cómo así? ¿Cambio cuando estoy malhumorado?, explíqueme.

—“Sí, excelencia, su semblante cambia, las arrugas de la frente y de las sienas se tornan más profundas, los ojos se achican, el labio interior se pronuncia más y la boca es fea; en fin, aparece una fisonomía diferente, un rostro ceñudo que manifiesta pesadumbre, pensamientos tristes e ideas sombrías”.

Rara vez he oído un retaro más cercano a mí, su lectura me conmovió, pero me negué al retrato moral que

había hecho de mí; si alguien me ha de juzgar, como le dije una vez a Ibarra, que sea la Historia.

La Convención fue un continuo forcejeo; después del debate sobre la constitución, 21 diputados encabezados por Castillo y Rada abandonan la Convención y decepcionado le escribo a mi hermana Antonia: "La Convención ha decretado la Constitución; es decir, que después de tantos afanes y sacrificios, vendremos a quedar en lo mismo o peor que antes, sin obtener aquellas reformas que nos librasen de los terribles males de la anarquía".

Pienso que la República se pierde o me confiere una inmensa autoridad; seré dictador por la salud del pueblo.

El Congreso me concede esa autoridad, pero los defraudados de Ocaña pasaron de la oposición de palabra a preparar mi muerte.

Sólo lo supe cuando uno de los conjurados lo confesó mucho más tarde; ya desde agosto de 1828 intentaron matarme en un baile de máscaras que se había hecho para celebrar el aniversario de la Batalla de Boyacá; los conjurados me pudieron matar pero Manuela me salvó gracias a una de sus locas imprudencias, sin saberlo; luego lo prepararon todo para el día de San Simón, pero creyéndose delatados por la indiscreción de uno de ellos, se lanzaron, no sólo a matarme, sino que también planeaban insurreccionar a los batallones estacionados en Bogotá; era la lluviosa noche del 25 de septiembre.

Esa noche, recuerdo, estaba indispuesto y llamé a Manuelita para que me oficiara de enfermera; vino y me dijo:

—Parece que se prepara una revolución.

—Puede haber enhorabuena, hasta diez, pues usted da muy buena acogida a los avisos.

—No tengas cuidado, le repongo cuando la veo preocupada, ya no habrá nada.

Me volvió a despertar a eso de las doce.

—¡Son ellos!

—¿Quiénes?, le pregunté.

—Los asesinos, los manda Pedro Carujo.

—Dame mi espada; los enfrentaré ahora mismo.

—No, no, vístete y huye.

—¿Huir?

—¿Usted no le dijo el otro día a don Pepe París que esta ventana era muy buena para un lance de estos?

Ya los conjurados se acercan, salto y me dirijo al Batallón Vargas; en el camino me encuentro con un sirviente y nos refugiamos bajo un puente.

Los atacantes, al no hallarme, maltrataron a Manuela, hirieron al teniente Ibarra y mataron al coronel y gran amigo Guillermo Fergusson.

Transcurrieron tres horas angustiosas bajo el puente del Carmen, salí y me encontré con Herrán, Urdaneta, Padilla y Córdoba; con ellos regresé al palacio, le di un beso a Manuelita y le dije:

—Tú eres la libertadora del Libertador.

Al fiel Montilla le escribí: "Veo en esta conspiración la continuación de los conatos que se hicieron en Ocaña por disolver y aniquilar la República. Pienso que el general Santander, el general Padilla y el coronel Guerra eran los principales promotores; se fusilaron 14 de estos asesinos y traidores que nada dijeron para comprometer a nadie y se desterró a Santander; pero mi corazón está quebrantado por la negra ingratitud".

Pero la traición no sólo es interior, en el Perú, el presidente José de La Mar, niega el paso a tropas colombianas procedentes de Bolivia y allá deponen a Sucre; son las peruanas intrigas que hacen sublevar dos batallones colombianos; además, los coroneles José María Obando y José Hilario López, de acuerdo con Gamarra, se rebelan en el Cauca.

Pero no voy a permitir que destrocen mi obra mientras me quede un soplo de vida; salgo para el Sur. Córdoba reconquista Popayán y Sucre vence en el Portete de Tarqui a los rebeldes La Mar y Gamarra; firmamos la paz con los peruanos mediante el convenio de Girón y con López y Obando en la Cañada de Juanambú.

Regreso a Bogotá el 15 de enero de 1830; sentí la muerte de la República antes de mi muerte, lloré porque estábamos asistiendo a los funerales de la Gran Colombia; me sentí extenuado y sólo pude decir gracias, por eso le escribí a Manuelita: "Si usted me viera en este momento ¡parezco un viejo de setenta años!".

Hace tres meses, Córdoba, el héroe de tantos combates en el Sur, a quien siempre rodeé con mi amistad, se rebeló

contra mí en la provincia de Antioquia, en Santuario; un mercenario inglés lo ultimó a machetazos; hemos llegado a unos extremos bárbaros.

Pero no sólo ha sido él; en Venezuela, Páez ha rechazado al Congreso granadino; Monagas, por su parte se enfrenta a Páez; Obando en el Cauca, son muchos y no tengo fuerzas.

Por eso cuando se reúne el **Congreso Granadino**, al que llamo **Admirable** por sus componentes, me levanté y dije: "Hoy he dejado de mandaros... Escuchad mi última voz; al terminar mi carrera política, a nombre de Colombia os pido, os ruego, que permanezcáis unidos para que no seáis los asesinos de la Patria y vuestros propios verdugos".

Pero pese a estar precedido por el mariscal Sucre y el obispo de Santa Marta, José María Estévez, nada se hace. Ya Páez había convocado un congreso exclusivamente venezolano, para abril de ese año y Flores hace otro igual en la nueva república del Ecuador.

El 1º de marzo hago que el general Domingo Caycedo, me reemplace en la dirección del Estado; su nombramiento es confirmado por el Senado en calidad de vicepresidente y se elige a don Joaquín Mosquera como presidente.

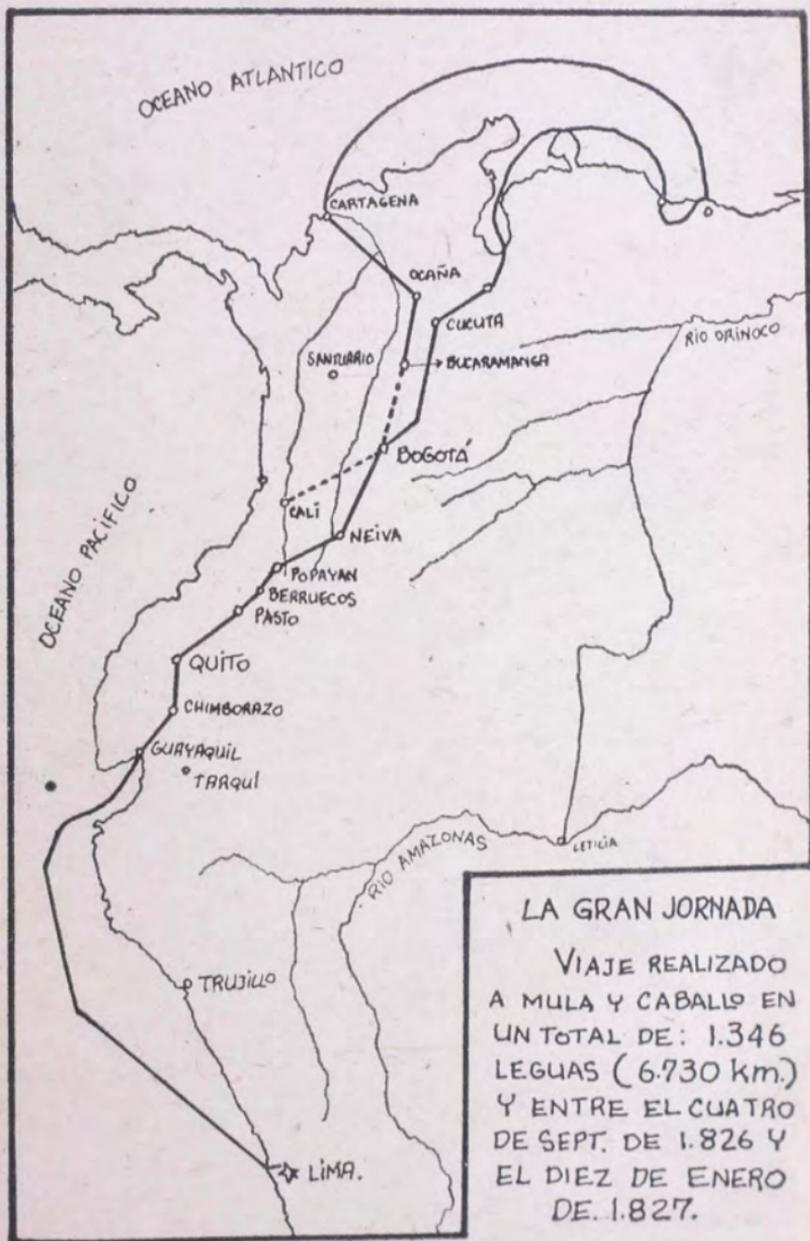
El 6 de marzo le escribí a don Fernández Madrid: "... gracias al vicepresidente Caycedo estoy retirado en la Quinta de Fucha; me llegan noticias inquietantes de Bogotá; ayer caí de bruces, escupiendo sangre; creo que debo salir de Bogotá. No es creíble el estado en que estoy, según lo que he sido toda mi vida; y bien sea que mi robus-

tez espiritual ha sufrido mucha decadencia o que mi constitución se ha arruinado en gran manera, lo que no deja duda es que me siento sin fuerzas para nada y que ningún estímulo puede reanimarlas”.

Un día, antes de mi partida, una banda de alevosos acribilla mi retrato en la alcaldía; además, se rebelan el **Batallón Granaderos** y el **Escuadrón Húsares de Apure**, mandado este último por el general Portocarrero.

Yo no puedo más y el 8 de mayo salgo para Cartagena.







## CAPITULO V



## Si mi muerte contribuye

“Ayer llegó a las siete y media de la noche, a esta ciudad, el Libertador Padre de la Patria, General Simón Bolívar. Vino acompañado de los generales Mariano Montilla, José María Carrero, Laurencio Silva, el doctor Manuel Pérez Revero, sus edecanes José de la Cruz Paredes, Belford Wilson, Andrés Ibarra y su señor sobrino el teniente Fernando Bolívar.

Dado el estado de debilidad de su excelencia, se le llevó en silla de manos hasta el antiguo tribunal del comercio, engalanado para recibir su ilustre presencia... asistimos mi amigo, al ocaso del gran Sol Americano.

Dios lo guarde a usted,

Don Joaquín de Mier y Benítez.

Dado en Santa Marta, en el día 2 de diciembre de 1930”.

Ya llegamos a Santa Marta; por momentos pierdo conciencia de lo que estoy haciendo y diciendo; llegamos aquí sólo por consejo de Montilla; yo al llegar a Cartagena quería embarcarme; es más, envié mi equipaje y mi mayordomo, pero la fragata que debía llevarme a playas lejanas encalla en los bajos de la costa de Cartagena; esperamos, entonces, a la fragata Shanon; me dicen que es más cómoda.



**Simón Bolívar. 1830**

Una noche, el 1º de julio de 1830, llegan Montilla y otros oficiales; a esa hora, me extraña.

—Excelencia, algo terrible. . .

—¡Diga, hombre, diga!, —le ordeno.

—¡El señor mariscal Sucre ha sido vilmente asesinado en Berruecos!

—Santo Dios —grito— han matado al Abel colombiano.

Toda la noche, me paseo agitado; muerto Sucre ¡a dónde hemos llegado!, le escribí al general Flores: "...Es imposible vivir en un país donde se asesina tan cruel y bárbaramente a los más ilustres generales, cuyo mérito ha producido la libertad de América. Yo pienso que la mira de este crimen ha sido privar a la patria de un sucesor mío".

En agosto una rebelión en Bogotá derrocó al gobierno legítimo de don Joaquín Mosquera y se instaura la dictadura militar del general Rafael Urdaneta.

El 17 de diciembre recibo una comisión de Urdaneta; vienen a pedirme que acepte el mando; pero no puedo, porque sé que fracasaría; les explico: "Mi gloria se compromete si acepto el mando haciéndome cómplice de una revolución que no puede dar buenos resultados. Yo he sido calumniado por simples sospechas, cuánto más lo seré recogiendo por unos días el fruto de una transformación que no durará, pues someter por la fuerza los departamentos de Venezuela y Ecuador es imposible". Le escribí también al doctor Estanislao Vergara, ministro del interior: "No mi amigo, yo no puedo ir, ni estoy obligado a ello porque a nadie se le debe forzar a obrar contra su conciencia y contra las leyes".

Mi decisión fue recibida con ofensas y agradecimientos; los diarios venezolanos solo escribían calumnias, pero al mismo tiempo Ecuador celebró el día de mi natalicio con una fiesta nacional y el mariscal Santa Cruz, por parte de Bolivia, me nombró plenipotenciario ante la Santa Sede.

Salí para Barranquilla y descansé unos días en Soledad, un nombre muy apropiado para mi estado de ánimo.

Montilla hace más gestiones, y gracias a él, el rico caballero español don Joaquín de Mier y Benítez, presta un bergantín para irme a Santa Marta. Viajamos.

Me vienen a ver el doctor Alejandro Próspero Révérend y el cirujano Mac-Night, un norteamericano que sirve en la goleta de guerra Grampus; dicen que tengo una congestión pulmonar agravada y que debo buscar un clima templado.

El señor de Mier y su esposa, la señora doña Isabel Rovira me acompañan hasta su quinta, **la Quinta de San Pedro Alejandrino**; el clima me sienta mucho mejor; hasta puedo tomar unos baños; pero desde nuestra llegada el 6 de este mes, solo he tenido recaídas.

Cierto día le pregunté a Révérend:

—Y usted ¿qué vino a buscar a estas tierras?

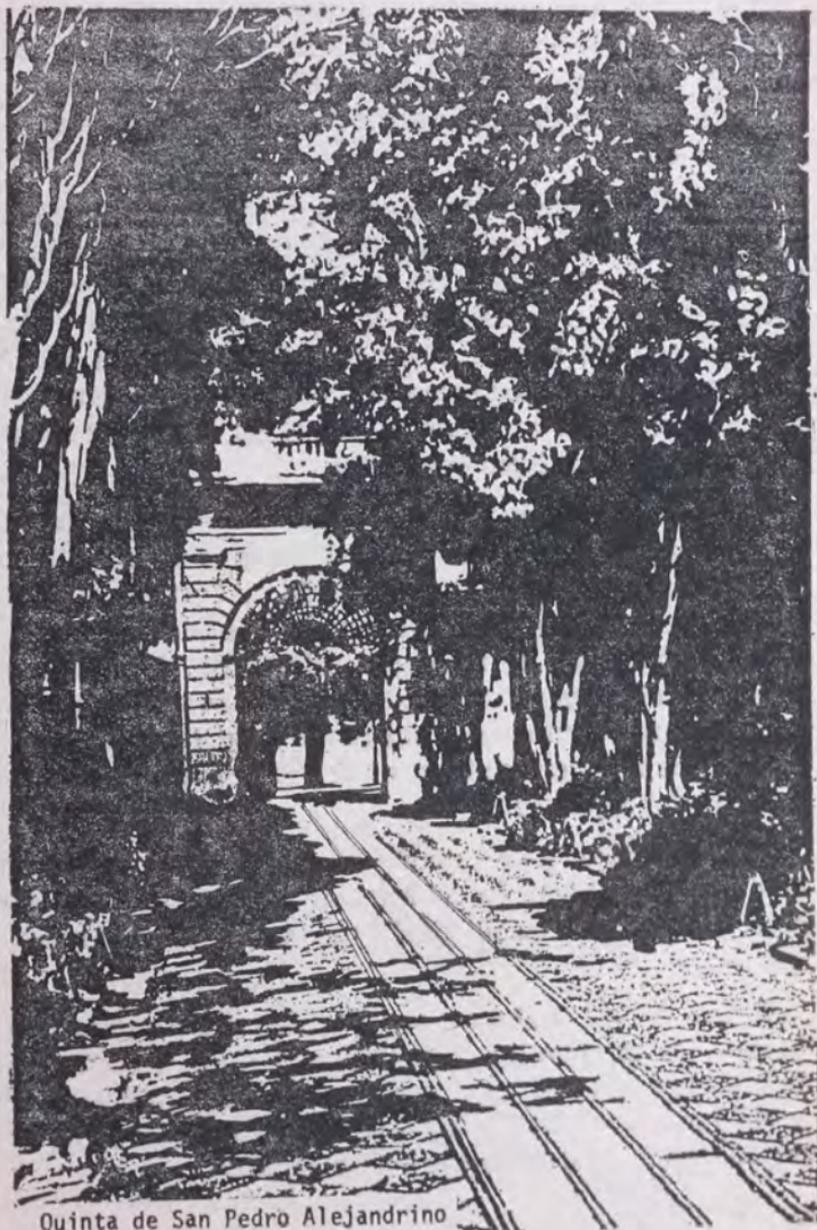
—La libertad, me contestó.

—¿Y la encontró usted?

—Me mira gozoso:

—¡Sí, mi general!

Usted es más afortunado que yo, pues todavía no la he encontrado.



Quinta de San Pedro Alejandrino

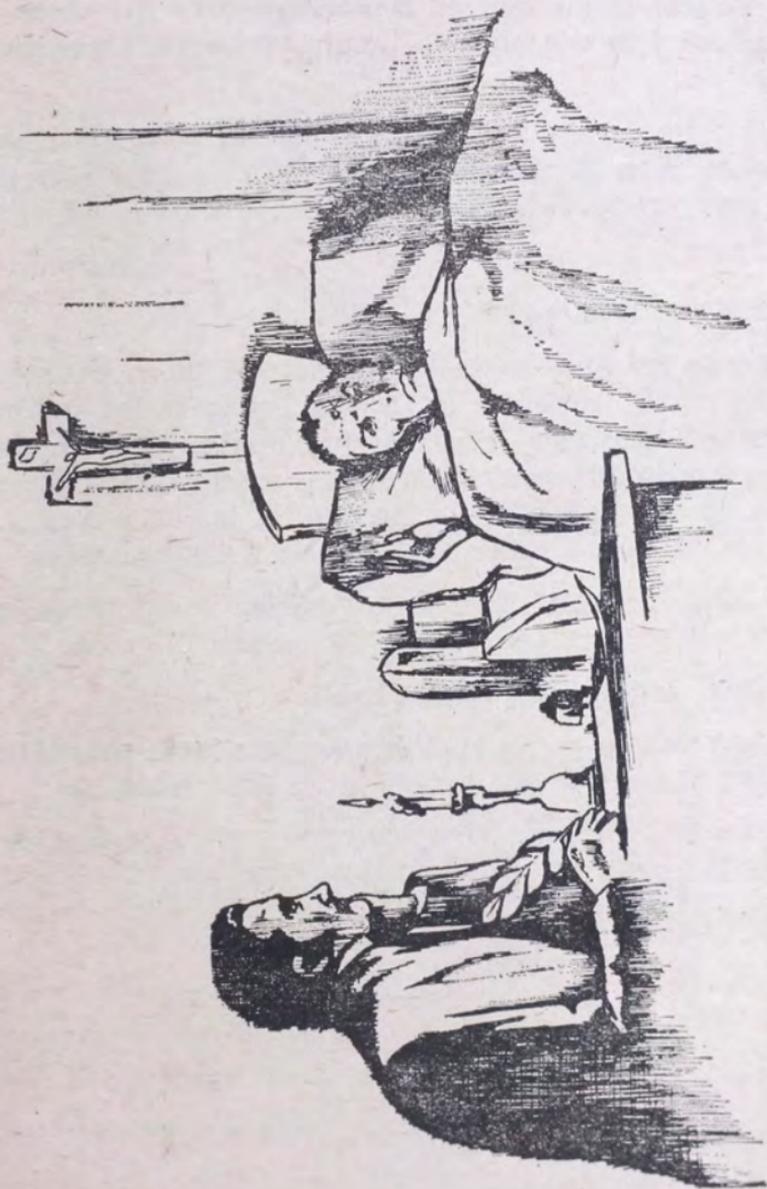
El 9 ocurre algo molesto; se presenta mi amigo el obispo José María Estévez a darme la confesión, le dije a Révérend: “¿Qué es esto, estaré tan malo para que se me hable de testamento y de confesarme?”. Révérend cabecea afirmativamente.

Me vienen tantos recuerdos, de mujeres, de Fanny, de Josefina Machado, de la bogotana Bernardina Ibáñez, de Luisa Crobet, que me salvó en Jamaica, de la arequipeña Benedicta, de la impetuosa Manuelita Madroño y de la amable loca, mi amada Manuelita Sáenz. El día 10 dicto testamento; recibo los sacramentos del cura de Mamatoco y me recuesto en la hamaca, mientras el doctor Manuel Recuero lee mi última proclama:

“¡Colombianos!, habéis presenciado mis esfuerzos para plantar la libertad donde reinaba antes la tiranía. He trabajado con desinterés, abandonando mi fortuna y aún mi tranquilidad. Me separé del mando cuando me persuadí que desconfiábais de mi desprendimiento. Mis enemigos abusaron de vuestra credulidad, y hollaron lo que es más sagrado: mi reputación y mi amor a la libertad. He sido víctima de mis perseguidores que me han conducido a las puertas del sepulcro.

Al desaparecer de en medio de vosotros, mi corazón me dice que debo hacer la manifestación de mis últimos deseos. No aspiro a otra gloria que a la consolidación de Colombia.

Todos debéis trabajar por el bien inestimable de la unión: los pueblos obedeciendo al actual gobierno para libertarse de la anarquía; los ministros del Santuario dirigiendo sus oraciones al cielo y los militares empleando su espada en defender las garantías sociales.



Agonía de Simón Bolívar

Colombianos: mis últimos votos son por la felicidad de la Patria: si mi muerte contribuye para que cesen los partidos y se consolide la unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro.

Interrumpí al doctor Recuero: "Si, al sepulcro... es lo que me han proporcionado mis conciudadanos... pero yo los perdono...".

### "Boletín número 33"

Desde las ocho hasta la una del día, hora en que ha fallecido su excelencia el Libertador, todos los síntomas han señalado más y más la proximidad de la muerte. Respiración anhelosa, pulso apenas sensible, cara hipocrática, supresión total de orines, etc. A las doce empezó el ronquido, abrí la puerta y anuncié a los presentes:

—Caballeros, si queréis presenciar los últimos momentos del Libertador...

Todos se precipitaron a la habitación.

A la una en punto expiró el excelentísimo señor Libertador, después de una agonía larga, pero tranquila.

San Pedro Alejandrino, diciembre 17, a la una de la tarde".

Dr. Révérend.



Testamento de Su E<sup>ca</sup>. el  
Libertador de Colombia }  
Gral. Simón Bolívar }

Testamento de Simón Bolívar



## CAPITULO VI



## El mensaje de Bolívar

Tres años después de haberse ocultado “el Sol de Colombia” y cuando las sombras de la guerra civil iban oscureciendo América, uno de los hombres cuya carrera militar y política había sido cincelada por el genio de Bolívar, decretó honores públicos en su memoria; el hombre era el general Paz, quien mediante decreto presidencial de junio de 1833, declaró: “El nombre de Bolívar no puede pronunciarse sin admiración y merece respeto. Uniendo mis votos a los de mis conciudadanos, ruego y encarezco al Congreso, decrete los honores públicos que hayan de tributársele”.

El Congreso venezolano sancionó el decreto pese a la mezquina actitud de algunos diputados, los mismos que habían pedido en 1830, ingratitudes como declarar a Bolívar fuera de la ley, demandar su presencia en el Congreso venezolano y hasta confiscar las propiedades de Bolívar; pero triunfó el agradecimiento a la espada que les había dado la libertad.

Cinco años después la hermana de Bolívar, María Antonia, dirigió una carta al presidente Carlos Soublette en la cual pidió al magistrado: “. . . nos conceda el permiso de trasladar a Caracas las cenizas de mi hermano, sirviéndose dar, para que no se nos estorbe o coarte el uso de aquel, las órdenes que usted crea más oportunas y conve-

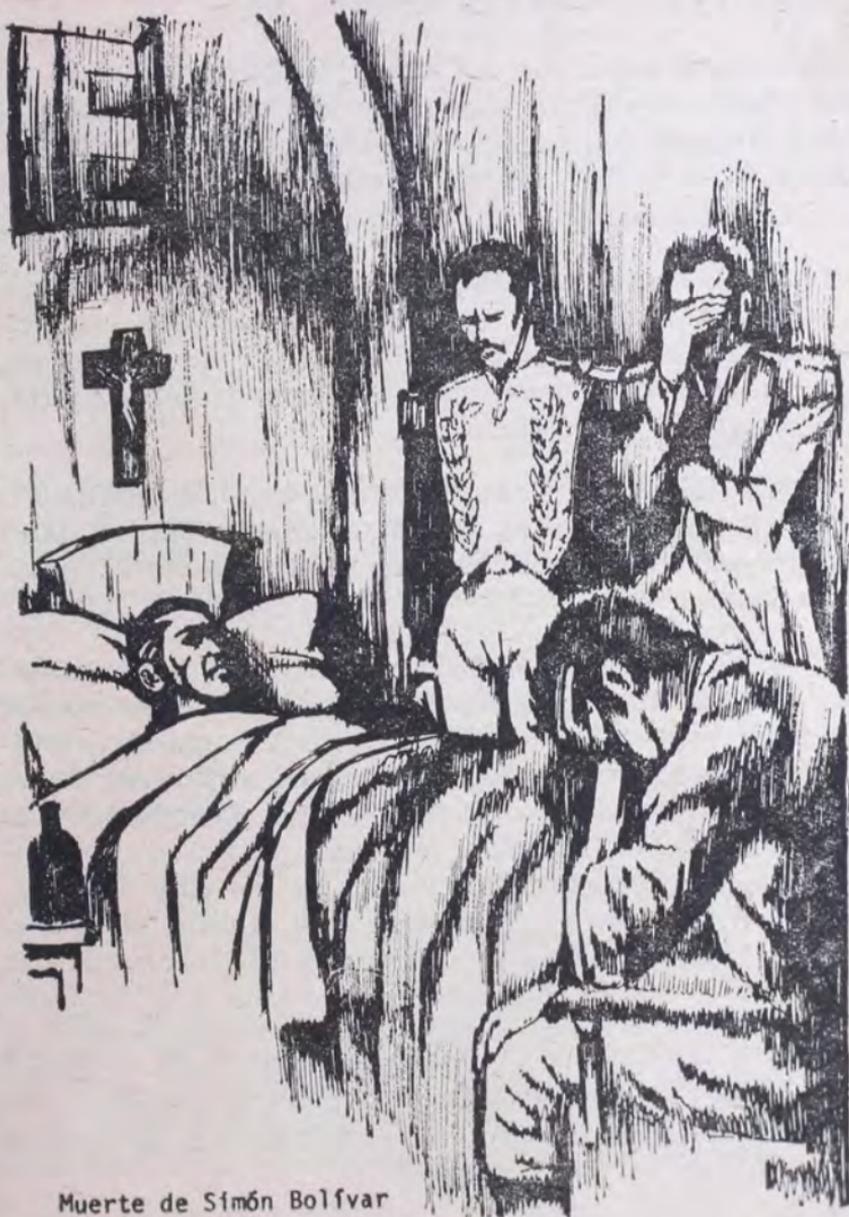
nientes". El general Soublette, que también debía sus triunfos al genio venezolano, respondió al llamado afirmativamente y pidió al Congreso de 1839 se le diera curso a tan patriótica petición; pero ese Congreso lo desaprobó. Ese mismo año la familia de Bolívar continuó las gestiones; Fernando Bolívar, el sobrino que había presenciado la agonía del Libertador, trató de conseguir que una fragata francesa trajera a su tierra, "las cenizas de mi difunto tío, el general Bolívar, que se hallan todavía en Santa Marta, de donde no ha sido posible a su familia transportarlas al suelo natal por dos causas: primero la exaltación de los partidos políticos y segundo, las persecuciones dirigidas contra nuestro honor y propiedades, que han aniquilado nuestra corta fortuna".

La carta de Fernando Bolívar nos explica por qué los restos de Bolívar permanecieron en Santa Marta hasta 1842.

En 1840 la familia de Bolívar pidió la exhumación de los restos del Libertador, solicitud que dirigida al presidente de la Nueva Granada halló eco, y fueron exhumados y colocados en una urna de madera labrada en Santa Marta.

A los doce años de la muerte, el general Páez pidió el traslado de los restos de Bolívar a su ciudad natal, arguyendo: "Ellos son una propiedad de Venezuela", y el Congreso venezolano aprobó dicho traslado, el 29 de abril de 1842.

Fueron amigos de Bolívar los que se encargaron de cumplir su última voluntad. El general Daniel Florencio O'Leary se encargó de conseguir un escultor para el monumento funerario y el general Pedro Alcántara Herrán



Muerte de Simón Bolívar

decretó en calidad de presidente de la Nueva Granada, honores e instrucciones de colaboración.

Cuando se supo que los restos de Bolívar iban a ser trasladados, corrió por todo el mundo una ola de solidaridad. Francia, Inglaterra, Holanda y Dinamarca dispusieron el envío de buques de guerra, como escolta al buque venezolano que transportaría los restos de Bolívar.

La goleta de guerra "Constitución", partió de La Guaira y llegó a Santa Marta, engalanada para dicha ocasión. Presidió las ceremonias por Colombia un viejo amigo del Libertador: el gobernador de la provincia de Santa Marta, don Joaquín Posada Gutiérrez.

Posada recuerda en sus "Memorias histórico-políticas": "Por averías en nuestra goleta de guerra Tescua, faltó nuestro pabellón en el convoy que condujo la urna funeraria a Venezuela".

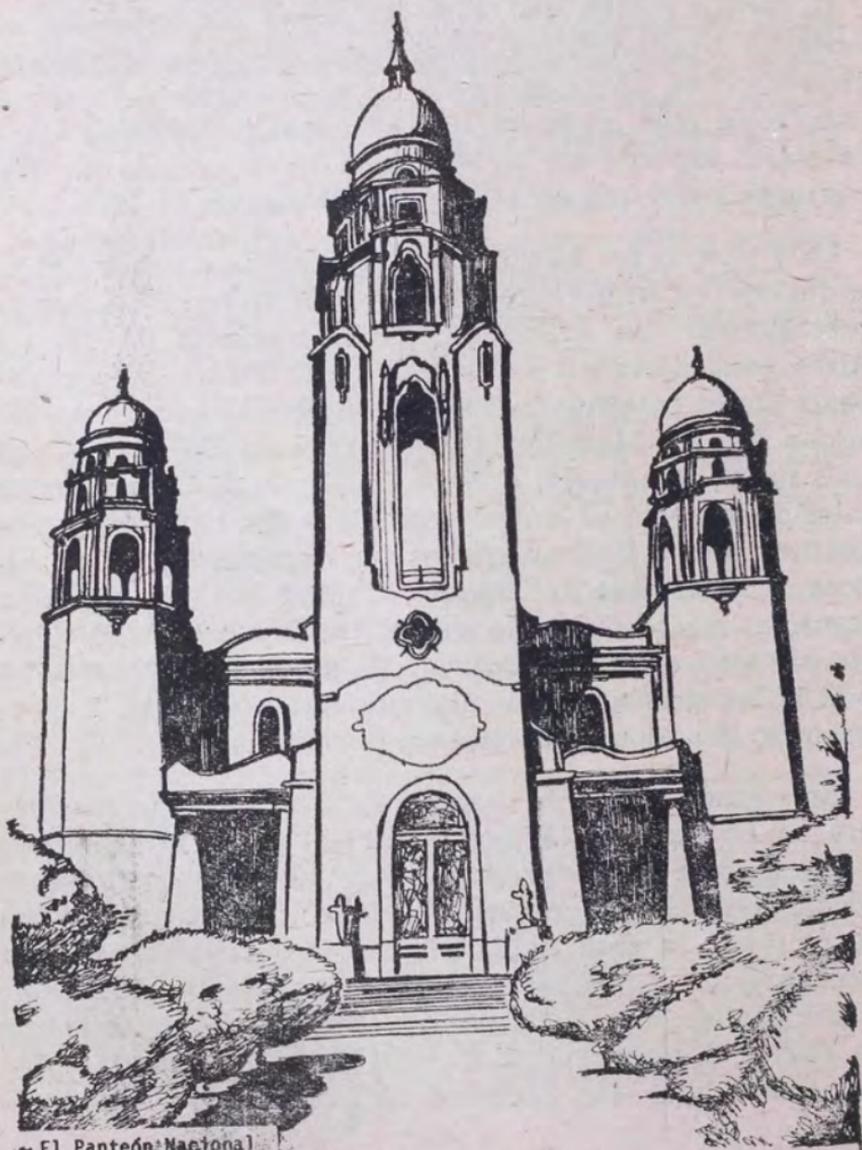
El 10 de noviembre de 1842 entraban a la bahía samaria, el bergantín inglés Albatros, el bergantín de guerra holandés Venus, el bergantín Caracas y la goleta Constitución, ambas venezolanas, y la corbeta francesa Circé. También llegaron los comisionados del Ecuador, los de Venezuela y los de Colombia; se acordó que el 20 de noviembre serían nuevamente exhumados los restos y trasladados; hizo la autopsia el médico Próspero Révérend, el mismo que había asistido a Bolívar en sus últimos momentos; el doctor Révérend comprobó la identidad y se exhumaron los restos; ese mismo día la Nueva Granada pidió la urna que contenía el corazón de Bolívar; ésta fue generosamente cedida por los venezolanos y se guardó en la Catedral de Santa Marta; pero en 1843 se envió la pequeña

urna a Bogotá y en el viaje se perdió ignorándose aún su paradero.

El convoy partió, y el 15 de diciembre, los restos del Libertador tocaron tierra venezolana; dos días después se guardaron en un monumento en la Catedral de Caracas; unos años más tarde los restos fueron trasladados a un catafalco especial en la iglesia de La Trinidad, que fue convertida después en el Panteón Nacional.

Muy pronto por la voluntad de pueblos y gobernantes, se fueron llenando cinco países y todo el mundo, de nombres Bolívar: en Argentina, en la provincia de Buenos Aires, está la ciudad de Bolívar; en Colombia, está el departamento costero de Bolívar; en Perú, bañado por las aguas del río Marañón, está el poblado Bolívar; en su país natal, Venezuela, está el Estado de Bolívar y en su interior también se le rindieron otros dos homenajes geográficos, Cerro Bolívar, que es un importante centro minero, y la capital del Estado, Ciudad Bolívar, que está frente al ancho Orinoco; en los Andes venezolanos el pico más alto, es el Pico Bolívar. Ya antes de su muerte un país había sido bautizado con su nombre: Bolivia. Y en el pequeño Ecuador, también está Puerto Bolívar.

Asimismo empezaron a surgir instituciones que se nombraron Bolívar; en 1872 se creó el Museo Bolivariano de Caracas, que buscó preservar todo documento, lugar y fecha bolivariana; gracias a la labor de esta institución se recuperó la casa natal de Bolívar, convertida en una prendería; se recuperaron valiosos documentos de Bolívar y se restauró la estancia de San Mateo; también se fundó la Sociedad Bolivariana de Venezuela, que en Colombia tiene una filial —la Sociedad Bolivariana de Colombia—



- El Panteón Nacional

cuya sede está en Bogotá, y que cuenta con una biblioteca especializada en Bolívar.

Al mencionar la biblioteca especializada, también podemos nombrar otra honda huella bolivariana: la gran cantidad de biografías y estudios en torno a Bolívar; las academias de historia de América han tenido y tienen estudios de Bolívar que han profundizado en todos los aspectos relacionados con el Libertador.

El nombre de Bolívar se ha multiplicado en las obras públicas y de ornato; en Colombia está, en el corazón de Bogotá, la Plaza de Bolívar, con la primera estatua que existió en Colombia y que fue encargada al célebre escultor italiano Tenerani; otras obras públicas como puentes y plazas; embarcaciones, como el "Simón Bolívar", carguero de la Flota Mercante Grancolombiana; en Venezuela está el Paseo Bolívar, etc.

Como un homenaje diario y anónimo, en Venezuela se le dio a la unidad monetaria, el nombre de Bolívar, y en otros países, entre ellos Colombia, se acuña e imprime dinero con la imagen del Libertador; estampillas y sellos postales también usan esa imagen y la de lugares de la vida del genio venezolano.

Además, en las fechas conmemorativas de algún hecho bolivariano, se celebran actos públicos, tal fue el caso del centenario de la muerte de Bolívar 1830-1930, que se celebró con gran lujo en Colombia y en todo el mundo. En 1883 se celebró también el centenario del nacimiento de Bolívar.

Como decía, en 1930 se conmemoró la muerte del Libertador, siendo presidente de Colombia, el doctor Enrique

Olaya Herrera; para tal acontecimiento se celebraron actos en Santa Marta, y en la Quinta de San Pedro Alejandrino se guardaron dos minutos de silencio cuando el reloj dio la una de la tarde; se restauró la iglesia de Matatoco, se descubrieron bustos de Bolívar en varias ciudades, y una estatua ecuestre en Nueva York y otra en Madrid en la Plaza de Salamanca.

Quedó así eliminado el odio contra Bolívar que afortunadamente fue breve y estéril; su obra fue juzgada, y aunque algunos historiadores condenan su tiranía de 1828 y su odio contra Santander en 1829, queda cubriéndolo todo, su prédica por el amor entre compatriotas y su mensaje de unión americana; precisamente a este se le llama "Bolivarismo" y el escritor mexicano Vasconcelos lo define así: "Entendemos por Bolivarismo la unión de Hispanoamérica, política y culturalmente"; de la doctrina Bolivariana, que fue expuesta en el memorando para el Congreso de Panamá en 1826, nace el Panamericanismo, que dio a su vez origen a la O.E.A. (Organización de Estados Americanos).

Bolívar ya había expresado su idea de unidad desde 1810: "El día no está lejos en que los venezolanos... tampoco descuidarán de invitar a todos los pueblos de América a que se unan en Confederación". Cinco años después su célebre carta de Jamaica, volvió a hablar de la Unión Americana: "¡Es una idea grandiosa pretender formar de todo el Nuevo Mundo una sola nación con un sólo vínculo que ligue sus partes entre sí y con él todo...!

¡Qué bello sería que el Istmo de Panamá fuera para nosotros lo que el de Corinto para los griegos! ¡Ojalá que algún día tengamos la fortuna de instalar allí un agosto

congreso de los representantes de las repúblicas, reinos e imperios, a tratar y discutir sobre los altos intereses de la paz y de la guerra con las naciones de las otras partes del mundo”.

Su proyecto no cayó en el vacío; en Panamá se reunió el 22 de junio de 1826 el primer Congreso Americano y se firmó allí el que se considera el pacto más importante que haya sido jamás suscrito entre Estados Americanos. En él se aliaron los países hermanos contra cualquier agresión extranjera a América. Su influencia es tal que la sociedad de las naciones nació de este congreso: “Existe demostración histórica de que el presidente Woodrow Wilson se inspiró directamente —y aun copió algunos de sus artículos— en el Tratado de Panamá de 1826, para el primer proyecto del Covenant\* que presentó en 1919 a la Conferencia de la Paz de Versalles, proyecto que más tarde se convirtió en el Pacto de la Sociedad de las Naciones”, nos dice el internacionalista Jesús María Yepes.

Después de Panamá se reunió, por la influencia del mensaje de Bolívar, el primer Congreso Hispanoamericano de Lima (1847-1848) que se volvió a reunir en 1864; en Montevideo se reunió el primer Congreso Sudamericano (1888-1889); y en 1883 se celebró el Congreso Bolivariano de Caracas; finalmente, en 1946 se reunió la O.E.A., dando así forma al sueño bolivariano.

---

\* N. del A. La palabra “Covenant” significa “pacto”. En el texto se refiere al Pacto de la Sociedad de las Naciones.



## CAPITULO VII



## Fechas en la vida de Bolívar

- 1783 El 24 de julio nace en Caracas un niño: son sus padres don Juan Vicente Bolívar y Ponte y doña Concepción Palacios y Blanco.  
El 30 de julio es bautizado con los nombres de Simón José Antonio de la Santísima Trinidad.
- 1786 El 19 de enero muere su padre.
- 1789 Estalla la Revolución Francesa.
- 1790 El 11 de abril, recibe Simón el sacramento de la Confirmación.
- 1792 El 6 de julio muere su madre.
- 1798 El 4 de julio ingresa al ejército como subteniente de infantería, nombrado por el rey de España Carlos IV.
- 1799 El 17 de enero sale para España en viaje de estudios, pasando por México, Veracruz, Puebla, Jalapa y La Habana.
- 1801 Visita París por primera vez, apasionándose por Napoleón Bonaparte, que luchaba entonces contra el absolutismo.

- 1802 El 26 de mayo contrae matrimonio en Madrid con María Teresa Toro y Alayza, dos años mayor que él.  
Regresa a Venezuela y se establece en la hacienda de "San Mateo".
- 1803 El 22 de enero muere su esposa y Bolívar jura no volver a casarse jamás.  
A fines de este año vuelve a Europa.
- 1804 El 18 de mayo asiste en París a la coronación de Napoleón, detestándolo desde entonces.  
En agosto de este año se encuentra con Humboldt en París y concibe las primeras ideas sobre la libertad de América.
- 1805 En la primavera de este año sale para Italia con su maestro, don Simón Rodríguez y jura en Roma, en el Monte Sacro, libertar a su patria.
- 1806 En el curso de este año viaja por Inglaterra, Alemania y otros países de Europa.  
Regresa a Venezuela y se establece de nuevo en la hacienda de San Mateo, dedicado a la agricultura.
- 1810 El 19 de abril se declara la independencia relativa de Venezuela, creándose una junta de gobierno representante de Fernando VII, excluido del trono de España por Napoleón.  
El 10 de junio parte Bolívar para Londres a solicitar auxilios.  
El 5 de diciembre regresa a Venezuela con Miranda.

- 1811** El 3 de julio pronuncia ante la Sociedad Patriótica su primer discurso revolucionario, pidiendo la independencia absoluta de Venezuela.
- El 4 redacta una exposición para la junta de gobierno.
- El 5 la junta proclama la independencia absoluta.
- 1812** El 26 de marzo ocurre el terremoto de Caracas.
- El 30 de junio es traicionado en Puerto Cabello por el oficial patriota Fernández Vinoní.
- El 6 de julio abandona la plaza, derrotado.
- El 27 de agosto, ayudado por el español Iturbe, huye de Venezuela hacia Curazao.
- El 14 de noviembre llega a Cartagena.
- El 23 de diciembre comienza su primera campaña libertadora con la toma de Tenerife.
- 1813** El 23 de enero entra triunfador en Ocaña.
- El 28 de febrero, domingo de carnaval, entra en Cúcuta, siempre vencedor.
- El 12 de marzo el gran Camilo Torres lo hace nombrar Brigadier y Ciudadano de la Nueva Granada.
- El 15 de junio, en Trujillo (Venezuela), dicta su justo decreto de "guerra a muerte".
- El 31 de julio obtiene el gran triunfo de Taguanes, que le abre las puertas de Caracas.
- El 6 de agosto entra, bajo palmas, a Caracas.
- El 30 de septiembre muere Girardot en la Batalla de Bárbula. Bolívar le decreta grandes honores.

El 13 de octubre llega a Caracas trayendo el corazón de Girardot.

El 14 de octubre la municipalidad de Caracas le da el título de Libertador.

1814 El 2 de enero se le rinde un espléndido homenaje en Caracas y da cuenta de sus empresas.

El 25 de marzo se sacrifica Ricaurte, en San Mateo.

El 18 de mayo obtiene Bolívar su primera victoria de Carabobo.

El 15 de junio sufre su mayor derrota, que le inflige Boves en La Puerta.

El 6 de julio sale de Caracas con las principales familias, prefiriendo la muerte a caer prisionero del invasor. Esta marcha se conoce con el nombre de la Emigración de 1814.

El 25 de septiembre desembarca de nuevo en Cartagena.

El 11 de diciembre entra triunfador en Bogotá y parte en seguida para Cartagena en busca de auxilios.

1815 Cartagena le niega los auxilios y voluntariamente se destierra Bolívar hacia Jamaica.

El 6 de septiembre dirige su famosa "Carta de Jamaica" en que predice el destino de América.

Parte luego para Haití, Petión lo auxilia y prepara su regreso a Venezuela.

1816 El 31 de marzo sale de Haití con una pequeña expedición.

El 2 de mayo desembarca en la Isla de Margarita.

El 28 de junio una junta de patriotas lo elige jefe supremo de la revolución y presidente de la República.

El 6 de julio toca tierra venezolana y dicta una proclama por la cual suspende la guerra a muerte y decreta la abolición de la esclavitud.

En septiembre de este año, acosado de nuevo por la adversidad, regresa a Haití.

El 5 de octubre, en Bogotá, Morillo fusila a Camilo Torres, el protector de Bolívar.

1817 Ayudado nuevamente por Petión, Bolívar regresa a Venezuela, a donde llega el 1º de enero de este año.

Se dirige al Orinoco y el 2 de mayo se le confirma la elección que le hizo la Junta de Margarita.

El 4 de junio es sorprendido por los españoles en Casacoima.

El 16 de octubre muere fusilado el general Piar.

1818 El 31 de enero se reunen Bolívar y Páez en los Llanos.

El 14 de febrero derrota Bolívar a Morillo en Calabozo.

El 16 de abril corre el riesgo de perder la vida en una celada que le tienden los españoles en el Rincón de los Toros.

1819 El 15 de febrero se reúne el Congreso de Angostura.

El 3 de abril vence Páez a Morillo en las Queseras del Medio.

El 26 de mayo sale Bolívar de Mantecal hacia la Nueva Granada, cruzando los Llanos y los Andes.

- El 12 de junio se reúne con Santander en Tame.
- El 22 de junio comienza a ascender los Andes.
- El 25 de julio, después de cruzar los Andes con un ejército casi de cadáveres, derrota a los españoles en el Pantano de Vargas.
- El 7 de agosto los derrota de nuevo en el Puente de Boyacá, libertando así la Nueva Granada.
- El 10 de agosto entra en Bogotá.
- El 20 de septiembre regresa a Venezuela con el proyecto de crear la Gran Colombia.
- El 17 de diciembre queda creada la Gran Colombia. Bolívar es elegido presidente, unánimemente.
- 1820 El 25 de noviembre firma con los españoles un tratado de suspensión de hostilidades por seis meses y el 26 otro de humanización de la guerra.
- El 27 de noviembre, en Santa Ana (Venezuela), se abrazan Bolívar y Morillo.
- 1821 El 6 de mayo se instala en Cúcuta (capital de la Gran Colombia escogida por el Congreso de Angostura) el Congreso de la nueva nación, el cual ratifica la elección presidencial de Bolívar.
- El 24 de junio vence Bolívar en Carabobo, dando libertad a Venezuela con esta batalla.
- El 3 de octubre se posesiona Bolívar, de la Presidencia.
- 1822 El 7 de abril, derrota a los españoles en Bomboná, libertando la provincia de Pasto.
- El 24 de mayo obtiene Sucre la victoria de Pichin-

cha, dando así libertad al Ecuador. Se distingue en ella el teniente ecuatoriano Abdón Calderón.

El 16 de junio entra Bolívar a Quito.

El 11 de julio llega a Guayaquil.

El 26 de julio ocurre la célebre entrevista con San Martín.

**1823** El 7 de agosto sale de Guayaquil para Perú.

El 1º de septiembre llega a Lima, solicitado por el Perú para libertarlo, con permiso del Congreso de Colombia.

**1824** El 1º de enero cae gravemente enfermo en Pativilca y allí pronuncia su célebre frase: "Triunfar".

El 10 de febrero es nombrado dictador del Perú.

El 6 de agosto alcanza la victoria de Junín, que inicia la libertad del Perú.

El 7 de diciembre propone la reunión del Congreso de Panamá.

El 9 de diciembre gana Sucre, con instrucciones de Bolívar, la Batalla de Ayacucho, que concluye la libertad de América. Córdoba, colombiano, se distingue especialmente en esa batalla.

**1825** El 10 de febrero decreta el Congreso honores a los héroes de Ayacucho y ordena obsequiar a Bolívar un millón de pesos que él no acepta para sí sino para su patria.

El 16 de mayo, en Arequipa, dicta un decreto por el cual funda el país del Alto Perú, llamado luego Bolivia.

El 17 de junio, al pasar por Pucará, Coquehuanca (cura o alcalde del pueblo), dice: "Con los siglos crecerá vuestra gloria como crece la sombra cuando el Sol declina".

El 25 de junio entra en Cuzco.

El 26 de octubre asciende al cerro Potosí, en Bolivia.

1826 El 6 de marzo, en carta a Páez, rechaza la corona de rey, que Páez le propone.

El 4 de septiembre abandona el Perú.

El 12 de noviembre llega a Guayaquil.

El 14 de noviembre llega a Bogotá.

El 25 de noviembre se dirige a Venezuela, con el ánimo de calmar la rebelión de Páez.

El 31 de diciembre regresa a tierra venezolana.

1827 El 4 de enero habla con Páez y éste depone armas.

El 10 de enero regresa a Caracas por última vez.

El 10 de septiembre regresa a Bogotá.

1828 El 24 de enero se convoca la Convención de Ocaña.

El 9 de abril se reúne la Convención de Ocaña.

El 12 se instala en Bucaramanga.

El 13 de junio, fracasa la Convención.

El 24 de junio se le confieren plenos poderes; regresa a Bogotá y asume la dictadura.

El 25 de septiembre se salva de la "conspiración septembrina".

El 18 de noviembre son fusilados 14 conspiradores.  
El 28 de diciembre sale para el Sur, a luchar contra el Perú.

1829 El 27 de febrero derrota Sucre a los peruanos en el Portete de Tarqui; se firma el tratado de paz.

El 17 de marzo llega Bolívar a Quito.

El 12 de septiembre se rebela Córdoba en Antioquia.

El 17 de octubre, derrotado Córdoba en El Santuario, es asesinado.

1830 El 15 de enero regresa Bolívar a Bogotá.

El 20 de enero, ante el Congreso Admirable, renuncia definitivamente a la presidencia, renuncia que no es aceptada de inmediato.

El 1º de marzo, por sentirse enfermo, se separa del mando, encomendándolo al general Domingo Caicedo.

El 8 de mayo sale de Bogotá con el ánimo de expatriarse.

El 2 de junio el Congreso de Venezuela, al mismo tiempo que se disuelve la Gran Colombia, declara a Bolívar hijo indigno y pide la expulsión.

El 4 de junio, en Berruecos, cerca de Pasto, unos asesinos matan a Sucre.

El 24 de junio, enfermo, llega a Cartagena.

El 1º de diciembre llega a Santa Marta.

El 10 de diciembre hace testamento.

El 17 de diciembre, a la una de la tarde, muere.



## CARTA DEL LIBERTADOR A LOS COLOMBIANOS

SIMON BOLIVAR,  
LIBERTADOR DE COLOMBIA, &., &., &.

Colombianos:

*Las calamidades públicas que han reducido a Colombia al estado de anarquía, me obligan a salir del reposo de mi retiro, para emplear mis servicios como ciudadano y como soldado. Muchos de vosotros me llamáis para que contribuya a librar la República de la disolución espantosa que la amenaza. Yo os prometo, penetrado de la más pura gratitud, corresponder en cuanto dependa de mis facultades, a la confianza con que me honrais. Os ofrezco todas mis fuerzas para cooperar a la reunión de la familia colombiana, ahora sumergida en los horrores de la guerra civil. Toca a vosotros, para salvarlos, reuniros en torno del Gobierno que el peligro común ha puesto a vuestra cabeza. Olvidad, os ruego, hasta vuestras propias pasiones; pues sin este heroico sacrificio, Colombia no será más; dejando la infausta memoria de un pueblo frenético, que, por no entenderse inmoló su gloria, su libertad, su existencia... Pero nó, ¡Colombianos!: vosotros sois dóciles a la voz de la Religión, y de la Patria; vosotros amáis los magistrados y las leyes. ¡Vosotros salvareis a Colombia!*

BOLÍVAR

Cartagena, setiembre 18 de 1830.



## ULTIMA PROCLAMA DE EL LIBERTADOR

SIMON BOLIVAR

LIBERTADOR DE COLOMBIA, &, &, &.

A los pueblos de Colombia.

Colombianos:

*Habéis presenciado mis esfuerzos para plantear la libertad donde reinaba antes la tiranía. He trabajado con desinterés, abandonando mi fortuna y aun mi tranquilidad. Me separé del mando cuando me persuadí que desconfiábais de mi desprendimiento. Mis enemigos abusaron de vuestra credulidad y hollaron lo que me es más sagrado, mi reputación y mi amor a la libertad. He sido víctima de mis perseguidores, que me han conducido a las puertas del sepulcro. Yo los perdono.*

*Al desaparecer de en medio de vosotros, mi cariño me dice que debo hacer la manifestación de mis últimos deseos. No aspiro a otra gloria que a la consolidación de Colombia. Todos debéis trabajar por el bien inestimable de la Unión: los pueblos obedeciendo al actual gobierno para libertarse de la anarquía; los ministros del santuario dirigiendo sus oraciones al cielo; y los militares empleando su espada en defender las garantías sociales.*

*¡Colombianos! Mis últimos votos son por la felicidad de la patria. Si mi muerte contribuye para que cesen los parti-*

*dos y se consolide la Unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro.*

*Hacienda de San Pedro, en Santa Marta, a 10 de diciembre de 1830. 20º*

**SIMÓN BOLÍVAR**

**Cartagena 1830; Imprenta de Manuel M. Guerrero.**

## BIBLIOGRAFIA

- ARIAS, JUAN DE DIOS. **Bolívar, una reseña biográfica y antológica.** Bogotá, 1955. 212 páginas.
- BERNAL MEDINA, RAFAEL. **La ruta de Bolívar (espiritual y geográfica).** Cali, Ed. Carvajal y Cia., 1959, 215 páginas.
- BLANCO FOMBONA, RIBINO. **Mocedades de Bolívar, el héroe antes del heroísmo,** Coro, 1942. 205 páginas.
- CARBONELL, DIEGO. **Sicopatología de Bolívar.** París, Ed. Garnier, 1916. 218 páginas.
- CUERVO, LUIS AUGUSTO. **Los amores de Bolívar.** Bogotá, Ed. Antología Bolivariana, 1913. 46 páginas.
- ESTRADA MONSALVE, JOAQUIN. **Bolívar, su pensamiento, su vida, su obra.** Bogotá, Imprenta Nacional, 1930. 132 páginas.
- FORERO, MANUEL JOSE. **Los últimos días del Libertador.** Bogotá, Imprenta Nacional, 1930. 132 páginas.
- LECUNA, VICENTE. **Crónica razonada de las guerras de Bolívar.** 3 tomos, Nueva York, Colonial Press, 1950.
- LECUNA, VICENTE. **Cartas del Libertador.** 9 tomos, Caracas, Lit. del Comercio, 1929.
- LIEVANO AGUIRRE, INDALECIO. **Bolívar.** Caracas, Ed. Ministerio Venezolano de Divulgación, 533 páginas.
- Libro de Oro del Centenario de Bolívar.** Barranquilla, editado por J. V. Mogollón y Cia, 1931.

- MATOS HURTADO, BELISARIO. Documentos relativos a la exhumación y traslado de las cenizas del Libertador Simón Bolívar.** Bogotá, Editorial Kelly, 1942. 156 páginas.
- MIRAMON, ALBERTO. Bolívar.** 2 volúmenes, Bogotá, Ed. Colcultura 1972.
- POSADA GUTIERREZ, JOAQUIN. Memorias histórico-políticas.** 2 volúmenes, Bogotá, Editorial Bedout, 1971.
- SUCRE, LUIS ALBERTO. Historial genealógico del Libertador.** Caracas, Ed. Chile, 1930. 123 páginas.
- YEPES M., JOSE. Del Congreso de Panamá a la Conferencia de Caracas,** Caracas, Editorial Cromotip, 1955. 272 páginas.
- ZALDUA, VICTOR EUSEBIO. El Bolívarismo.** La Habana, Casa de las Américas, 1967. 248 páginas.



2200100274093

NUEVA BIBLIOTECA POPULAR DE  
EDITORA DOSMIL

TITULOS EN CIRCULACION

1. No nos volvamos locos (Higiene mental)
2. Juguemos ajedrez
3. Nosotros somos así (Biología humana)
4. Relaciones humanas
5. Comamos y bebamos bien
6. Orientación familiar
7. Aprendamos ortografía
8. Nuestros equinos

# Me llamo Simón Bolívar

